

Beatriz Sarlo en *Los libros*: fantasías, resistencias¹

✉ ANALÍA GERBAUDO / Universidad Nacional del Litoral – CONICET
agerbaudo@fhuc.unl.edu.ar; analia.gerbaudo@conicet.gov.ar

Resumen

El artículo analiza los textos que Beatriz Sarlo escribe para *Los Libros* en términos de fantasías y resistencias con relación a dos procesos puntuales: la institucionalización de la investigación literaria en Argentina y su internacionalización.

Para ello trabaja en dos planos: por un lado, la descripción de sus reseñas, editoriales, informes, reportajes y artículos publicados en la revista desde el eje recortado; por el otro, sus relatos posteriores que, directa o indirectamente, vuelven sobre aquellas prácticas que se escudriñan desde el marco del conjunto de su producción con la consiguiente identificación de continuidades y variaciones.

Palabras clave: Teoría y crítica literarias • institucionalización • dictaduras • Argentina • internacionalización

Abstract

The article analyzes the texts that Beatriz Sarlo writes for *Los Libros* in terms of fantasies and oppositions regarding two specific processes: the institutionalization of literary research in Argentina and its internationalization.

First it describes a selection of reviews, editorials, reports, interviews and articles she published in the magazine; then, it approaches subsequent narratives which, directly or indirectly, go back on the interrogated practices within the framework of her production and with the consequent identification of continuities and variations.

Key words: Literary theory and criticism • institutionalization • dictatorships • Argentina • internationalization

Las fantasías, las resistencias

En la «salutación» a la edición facsimilar de *Los Libros* Horacio González apunta dos notas que desencadenan la escritura de este artículo.

La primera es un vaticinio que impulsa la previsible cadena de trabajos que esa exhumación provocará: «ya aparecerán —agregados a los que sabemos que existen— los trabajos críticos que esta publicación merece y que sin duda serán favorecidos por la mayor facilidad con que ahora serán consultados» (2011a:7).

Fecha de recepción:
1/12/2016

Fecha de aceptación:
30/3/2017

La segunda es una pregunta desdoblada en varias: «¿A quiénes leemos en *Los Libros*?» (7). González se detiene en una breve reseña escrita por Ernesto Laclau para el primer número de la revista y desagrega su interrogante inicial mientras delinea una suerte de «caso» emblemático para una investigación por venir: «¿Hay en el Laclau actual algo de aquella sucinta intervención?» (7). Un poco más adelante repite esta pregunta a propósito del artículo que Beatriz Sarlo escribe sobre *Nazareno Cruz y el lobo* de Leonardo Favio. Dicho de otro modo: abre lo que se podría rotular como «el caso Sarlo en *Los Libros*» del que este artículo se ocupa.

En efecto, giro aquí sobre estas cuestiones poniendo en diálogo lo que Sarlo escribe para *Los Libros* con los «cuentos» que cuenta sobre esas prácticas después. A partir de este conjunto (que analizo a la luz de trabajos previos ligados a este tema —cf. Panesi 1985, 1996; Podlubne 1998, 2015, 2016; De Diego, Dalmaroni, Croce, Peller, Somoza y Vinelli, Espósito, López Casanova, Walker—) infiero las fantasías y las resistencias que se anudaban alrededor de aquellos textos iniciales producidos en un tiempo vertiginoso recortado entre el onganato y el comienzo de la última dictadura (Terán, Vezetti, Nofal 2002, Giunta, Longoni y Mestman, Franco), entre la salida abrupta de la universidad luego de «la noche de los bastones largos» y la participación en diferentes «formaciones» (Williams) entre las que se inscribe el proyecto de esta revista que pretende, tal como lo anuncia Schmucler en su número inaugural, «llenar un vacío», «crear un espacio» de intervención «crítica» alrededor de «los libros» (1969:3).²

En estos textos de inicios se develan las «marcas» (Derrida 1972) nodales de la producción de Sarlo: en sus escritos de *Los Libros* se descubre ya a la crítica que fantasea con armar la agenda teórica y literaria en Argentina y con intervenir en los más espinosos temas de la política y del análisis de medios desde un lenguaje que no vacila en apartarse de los protocolos del campo (Bourdieu 1985), ya sea para apelar al tono militante, ya sea para adoptar un registro que vuelve el discurso asequible a un público expandido. Esta posición la aleja de los críticos que persiguen una escritura fundamentalmente literaria de la que, probablemente Nicolás Rosa sea el ejemplo emblemático dado su ensamble de la sofisticación literaria con las pretensiones teóricas de impronta científicas (cf. Podlubne 2015).³ Desde ese lugar Sarlo disputa la interpretación de la política y de la literatura tanto a los grandes medios (para los que más tarde escribirá) como a las instituciones oficiales dedicadas a la investigación y a la enseñanza (en especial, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires —UBA— a la que había ingresado en 1963 y renunciado en 1966 luego de la «noche de los bastones largos»). Una posición beligerante que en diferentes momentos de la vertiginosa historia política argentina de los últimos cuarenta años asumirá desde diferentes ángulos, formaciones e instituciones con la misma radicalidad y el mismo empeño en torcer la dirección de ciertas prácticas amalgamadas, en definitiva, con la lectura de textos (literarios, periodísticos, políticos, etc.).

Las escrituras

¿Cuáles son las resistencias y las fantasías que se dejan entrever en las «operaciones» (Panesi 1998) materializadas en los muy disímiles tipos de textos que Sarlo escribe para *Los Libros*? ¿Qué expresan las variaciones de tono entre sus primeras intervenciones, de 1970 y 1971, las que van desde 1972 hasta 1974 y las que escribe entre 1975 y 1976?⁴ ¿Cuáles de esas operaciones constituyen una marca de su trabajo intelectual?

La última pregunta obliga a una lectura que tenga como marco el conjunto de su obra para detectar, en la «marcha que sigue» (Derrida 1972) al escribir, las vueltas sobre las mismas operaciones que propician la asociación con su firma. Punteo estas marcas (su análisis exhaustivo excedería este artículo) en diálogo con hipótesis tomadas de trabajos previos, a saber:

- a) la denodada apuesta a la actualización teórica en tanto potenciadora de una formulación crítica que fantasea con configurar un nuevo lector, aun en la época de férreo anti-intelectualismo expandido a nivel continental luego de la consolidación de la revolución cubana (cf. Gilman);⁵
- b) «la preocupación por el presente» (Podlubne 1998:68) puesta de manifiesto en el análisis de diferentes discursos (literarios, periodísticos, fílmicos, político-partidarios, didácticos, etc.) se trenza con una «voluntad de intervenir» sobre su configuración, de «incidir en la actualidad» (98). Sus operaciones apuntan tanto al campo literario (se fantasea con contribuir a delinear desde su canon literario y teórico hasta la agenda didáctica de nivel superior con sus derivas en las prácticas de los otros niveles) como al campo político⁶ (se fantasea con influir en la agenda política a partir de incisivos análisis de las construcciones de los medios y en ocasiones, de documentos oficiales de diferentes órdenes —seguridad, economía, gestión—);
- c) La atención al lenguaje a través del cual se canalizan estas fantasías de nano-intervención. Así en *Los Libros* delinea una singular versión del antipopulismo de la crítica literaria de izquierda que, como detecta Dalmaroni, perdura aunque con variaciones en el trabajo de Sarlo hasta mucho después del cierre de aquella revista: «en distintos puntos de la trayectoria de sus ensayos, el término —populismo— se usa alternativa o simultáneamente como concepto y como impugnación» (36). Este uso descansa en el supuesto de «exterioridad del pensamiento crítico en relación a su objeto» (Podlubne 1998:71).
- d) La recurrencia sobre problemas que más tarde darán lugar a algunas de sus «categorías teóricas», aparentemente deslizadas sin esa pretensión al punto que se esbozan desde ese género que *Los Libros* pone en primer lugar pero que la crítica «académica»⁷ actual subestima: la «reseña».

Para empezar con la descripción de sus operaciones, tenemos que son dos los referentes teóricos reiterados con más insistencia en el conjunto de textos que Sarlo escribe para *Los Libros*: Roland Barthes en sus inicios, y Antonio Gramsci

en la etapa final pasando por una de las más creativas apropiaciones de la imposible semiótica de Julia Kristeva leída en la entonces reciente edición francesa.⁸

Para el número 10 de la revista publicado en agosto de 1970 Jorge Luis Borges selecciona especialmente un cuento a modo de adelanto de su entonces prometido libro *El informe de Brodie*, Oscar Masotta presenta sus «Aclaraciones en torno a Lacan», Aníbal Ford y Jorge Rivera discuten el libro *¿Qué es la Argentina?* del que participa, entre otros, Guillermo Ara, entonces a cargo de la cátedra de Literatura argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, Oscar Traversa divulga *Apocalípticos e integrados* de Umberto Eco y Sarlo firma una muy breve pero aguda nota sobre el primer número de una revista editada en Buenos Aires bajo el pretencioso nombre de *Nueva crítica* por autores sin capital específico en el campo de los estudios literarios (el poeta Juan García Gayo, María Esther de Miguel, entre otros) pero con el auspicio del Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales cuyos fondos tendrían una relación con fundaciones de «militancia antimperialista» (1970a:27). Sarlo observa en *Nueva crítica* la deliberada reducción de la «complejidad semiológica del hecho literario» a una dicotomía entre «la “inocencia” de la palabra» y «la contaminación de la realidad» a la vez que manifiesta su sorpresa por la ignorancia teórica y la confusión metodológica desde la que se postula una crítica «de aspiración sana que se atenga estrictamente a los valores culturales de aquello que juzga» (AA.VV. “Nota” I). Se advierte su esfuerzo por exhibir tanto la operación que se esconde detrás de la moral higienista barnizada de candidez que anima a quienes hacen esta revista como el síntoma que expresan: «abolir mágicamente la política para afirmar la literatura» y «postular una lectura esencial que comunica directamente con lo que el autor “quiso decir”» son los subterfugios que, sumados a la «pobreza en el nivel de la información concreta» (Sarlo 27), dan cuenta de una verdadera resistencia a la teoría entendida, esta vez, en su acepción de rechazo. Por otro lado señala que esta misma posición «mecanicista y clasificatoria» es la entonces dominante en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. En ambos casos aparece la figura de la usurpación: en la UBA, de la institución por quienes la ocupan ilegítimamente; en la revista, de su nombre.

Esta firmeza en el tono de la lectura sostenida en un actualizado estado del arte combinado con la explicitación de sus puntos de vista será una marca de su producción. Ya desde entonces exponía, incluso con matiz propedéutico, las consecuencias epistemológicas y políticas de toda decisión crítica: «no existe independencia frente al fenómeno cultural, vehículo de las diversas ideologías, ya que el crítico interviene en él, lo conforma y contribuye a su modificación o a su mitología» (27).

Congruente con su indeclinable disputa por la construcción social de los sentidos con que se pretenden investir los bienes culturales, en otra reseña publicada en el número 14 de diciembre de 1970, desarma la novela *Escándalos y soledades* de Beatriz Guido cuya publicación había sido anunciada por la autora en un número anterior de la revista al responder la encuesta «La literatura en Argentina».

Sarlo apela a Barthes y a Arturo Jauretche para recriminarle a Guido su adhesión a una moral de la escritura supeditada a la lógica del pasatiempo (más adelante hablará de «literatura de consumo» —1972a:19—) mientras ironiza sobre los muy previsibles efectos de lectura que la escritora ha debido calcular: «la novela se lee rápido y bien. Beatriz Guido sabe escribir lo que está permitido; tiene lo que tradicionalmente puede llamarse “oficio”, la antítesis de lo subversivo» (1970c:7). La conclusión entrevera sesgo descriptivo y sarcasmo: «la novela entretiene. Como quien dice: “el artista se debe a su público ¿no?”» (7).

Por contraste con obras de este tipo se descubre, nítida, la «moral» (Barthes 1972) de la forma que Sarlo defiende con ahínco: *La Patagonia rebelde* de Héctor Olivera, *Juan Moreira* (1975a) y *Nazareno Cruz y el lobo* de Leonardo Favio en cine (1975b), y *Operación masacre* de Rodolfo Walsh, *Rayuela* de Julio Cortázar, *Sota de bastos, caballo de espadas* de Héctor Tizón, *El limonero real* de Juan José Saer (1976a), *The Buenos Aires affaire*, *Boquitas pintadas* y *La traición de Rita Hayworth* de Manuel Puig (1972a, 1974a) en literatura, forman un conjunto diverso cuyo denominador común está dado por el contraste que su densa arquitectura textual opone a los productos culturales «de consumo». Esta agrupación singular se desprende de un conjunto de categorías de Gramsci (referencia paulatinamente eclipsada por Raymond Williams en los tiempos de *Punto de vista*) apropiados con los tonos de la época.⁹ Por poner un ejemplo extremo: hasta la «propuesta literaria» de Saer es leída en términos de cuidado rescate contra-hegemónico del «elemento regional y popular» (1976a:6).

Para el número 25 de la revista publicado en marzo de 1972, Sarlo traza un panorama de la «novela argentina actual» según su actuación de «lo verosímil». Más allá de las series, interesa lo que destaca en términos de escritura ya que su énfasis es tributario de los criterios constantes que regulan su canon literario: lo que pone de relieve, ya desde entonces, es lo que mediante la escritura lleva al texto en cuestión más allá del límite de los protocolos de un género o de varios. Por ejemplo, señala que ciertos trabajos de Walsh dificultan seguir pensando «el lenguaje» como «pretexto» y también, «como podría creerlo un realista ingenuo, [como] medio»: tanto en *Operación masacre* como en *¿Quién mató a Rosendo?* encuentra «un espesor donde cabe (...) la moral de la forma que caracteriza Barthes: una escritura» (18). Para Sarlo, Walsh trastorna la delimitación periodismo/literatura al alterar la dicotomía verdad/ficción: «una crónica puede ser un relato, “verdad” y “narración” no se excluyen. Así las convenciones de un género no son sus límites» (18). Por otro lado, repara en *Rayuela* y su ostentación del material con que la literatura trabaja: «Después de *Rayuela* la textualidad sufre un proceso de exhibicionismo progresivo y saludable: es decir, se descubre que una de las características fundamentales de la literatura es la palabra» (19). De Puig recalca su explotación del «estereotipo» de la transparencia: en sus textos «la palabra nunca incurre en la ingenua convicción de “comunicar” contenidos que pretenden ser el mundo» (19).

A este repertorio marcado por el espesor de la escritura opone «la literatura de consumo» en cuya definición y difusión los medios hegemónicos juegan un

papel central: «el consumo de literatura y la literatura de consumo no conforman sólo un juego de palabras sino una actitud» (19), advierte mientras recuerda, como en otra oportunidad a propósito de *Escándalos y soledades* de Guido, que «lo verosímil de esta literatura se funda sobre todo en su legibilidad: el consumo impone ciertos modos de lectura que evolucionan con el cambio de las escrituras periodísticas» (19). Estos cambios siguen el ritmo de productos como *Gente*. De este modo, Sarlo descalifica las modelizaciones del gusto que, apelando al costumbrismo, al psicologismo, al exhibicionismo y al pintoresquismo, se aseguran un «consumo» expandido. «Actitud» dominante también en el edulcorado cine «comercial»: entre la condescendencia y la subestimación del receptor ubica tanto al Torre Nilson de *Boquitas pintadas* y *Los siete locos* (1975a:14), al Renán de *La tregua* como al Kuhn de *La hora de María o el pájaro de oro* (1975d).

En el polo opuesto, *Juan Moreira* de Favio y *La Patagonia rebelde* de Héctor Olivera: de Olivera destaca cómo su film logra tematizar las luchas obreras y populares desde un género que hasta entonces «el cine argentino había realizado mal: la crónica histórica» (1975a:13); de *Juan Moreira*, su acercamiento «a uno de los objetivos que Gramsci define como propio de la literatura popular (identidad de concepción del mundo entre escritores y pueblo), tal como esto debe ser entendido en el marco del auge del peronismo en la Argentina» (12). Las tensiones propias de lo que Sarlo llama allí «ideología populista» («exaltación del marginado y solución paternalista de conflictos» —12—) afloran en esta «versión mítico-heroica de lo nacional popular» (13) que juzga bien resuelta. Desde la misma atención hacia lo que un director o un escritor le hacen a los géneros de los que participa su producción, lee luego *Nazareno Cruz y el lobo* (1975b:24).

A partir de cada uno de estos textos también expone cómo con un tema poco grandilocuente se puede componer un producto de espesor estético. El contrapunto entre las dos novelas que rescata entre las producidas en Argentina durante 1975, se dirime en ese plano: al enorme tema escogido por Héctor Tizón en *Sota de bastos, caballo de espadas* opone el relato mínimo de Juan José Saer en *El limonero real*. Dicho en otros términos: es el trabajo en la escritura y en la arquitectura textual y no el asunto pomposo lo que define la consistencia de un texto (1976a). En este ensayo despunta el tipo de búsqueda que se consolidará como marca en *Punto de vista* y en sus clases de «Literatura argentina II» en la UBA durante los ochenta: se evidencia su interés excluyente por las escrituras que reinventan creativamente las herencias y las «leyes» de los géneros (cf. Derrida 1980). Como más tarde apuntará Raúl Beceyro, «con alguien caminando una veintena de cuadras (exactamente veintiuna) Saer ya ha hecho, efectivamente, una novela» (28): lejos del exotismo, el Saer que descubre Sarlo disputa su sitio en el campo literario desde la interrogación de los protocolos de sus géneros y desde la torsión enunciativa que le deja marcas a la lengua relatando historias mínimas. En esta línea, en una reseña sobre la poesía completa de Juanele Ortiz publicada en 1996 en el número 56 de *Punto de vista* acuñará la categoría «regionalismo no regionalista». Su posición se diseminará con una pregnancia tal en la crítica posterior al punto que la

pregunta sobre «cómo salir del canon Sarlo» o la interrogación sobre los efectos de campo que genera ser leído por «Beatriz» ocuparán el centro de los paneles de más de un congreso (cf. Nofal 2009, Kohan, Gerbaudo 2016c).

En este ensayo también arma constelaciones: por un lado, la del trío Saer-Tizón-Conti cuyas novelas diferencian del resto de las publicadas en Argentina durante 1975. Por el otro, dentro de esa constelación, distingue dos textos marcados por una escritura con sello propio de otro que se deja encandilar por los fulgores del boom: confronta *Sota de bastos, caballo de espadas* y *El limonero real* con *Mascaró*. Sarlo arrastra la lectura más allá de la escolar referencia al solo texto en cuestión para oponer Conti a Conti: el de los relatos con pocos personajes y de «trama mínima» que desarrolla en profundidad el conflicto con ritmo «lento» y «opacidad melancólica» al de esta novela, notoriamente «escrita después de *Cien años de soledad*» (4). Todo lo no logrado, todo lo que en Conti dejó de ser Conti, se anuda a su posición epigonal que sanciona desde argumentos irrefutables ligados a la mala resolución del tema, a la moral que se desprende del tono y al desmesurado número de personajes (5). Estos mismos criterios orientarán sus decisiones casi diez años después, cuando se haga cargo de la cátedra de Literatura argentina II en la UBA (cf. Gerbaudo 2016c).

Conviene destacar que el análisis de esa fracción del campo que configura la cátedra universitaria está presente en sus escritos de *Los Libros*: los programas y las clases tanto de Literatura argentina, Latinoamericana como de Introducción a la literatura también han sido objeto de incisivos artículos (cf. 1970a, 1972c; Altamirano y Sarlo 1973) que expresan no sólo una fantasía de intervención proyectada sobre el trabajo entonces por-venir sino una más inmediata que apunta a corroer la legitimidad teórica, crítica y didáctica de un espacio ocupado por la fuerza.¹⁰ Se fantasea con producir un desgaste que además reconoce, por contraste, a la crítica con la que sí vale la pena discutir y a la literatura que sí vale la pena leer: literatura y crítica que se produce y/o se difunde fuera de las instituciones oficiales (entonces, estandartes del avasallamiento y la estulticia) con el sello de la resistencia teórica y política sostenida desde formaciones como el Centro Editor de América Latina (CEAL), la Biblioteca Vigil, *Los Libros* y, más adelante, los grupos de estudio y *Punto de vista*, entre otras.

En un texto memorable escrito para un Congreso Internacional de Profesores organizado por la Universidad Nacional del Litoral en Santa Fe durante 1996, Panesi retoma el álgido problema de la des-institucionalización a la que se vieron forzados quienes durante las dos últimas dictaduras asumieron posiciones encontradas con la ahora visible filigrana de poderes que habían arrebatado la república a los gobiernos democráticos. Los destinatarios de esa conferencia de tono sobrio aunque con inusuales deslices prescriptivos, «La caja de herramientas o qué no hacer con la teoría literaria», eran fundamentalmente profesores de nivel medio: corrían los años noventa, se asistía al comienzo de la reforma educativa impulsada por el menemato y ya entonces, en ese ensayo, se avizora un retroceso en educación que, aun dentro de un marco democrático, remitía a otro contra el que se

ejercían acciones de resistencia como esa, mediante esa lectura para unos pocos, en un aula de una escuela secundaria de provincia. El texto da cuenta de las razones políticas que habían motivado el entusiasmo por la teoría literaria en las universidades públicas que se habían convertido, durante los tres primeros momentos de la posdictadura, en los polos dominantes del campo de los estudios literarios (la UBA, la Universidad Nacional de la Plata y la Universidad Nacional de Rosario —cf. Gerbaudo 2015b, 2016c—) y previene tanto contra su instrumentalismo superfluo como contra su virulento rechazo (dos manifestaciones de la resistencia —Derrida 1991—) mientras menciona lo que la teoría puede en términos de restancia (tercera y arrojada forma de la resistencia, de incontables derroteros —1991—). En ese marco, no fortuitamente, evoca el trabajo de *Los Libros*:

La avidez teórica que se advierte en muchos planes de estudio actuales (una verdadera proliferación en algunos casos) es la cosecha de los años autoritarios, cuando la teoría se creía directamente conectada con la política y no se podía aceptar que irrumpiera en el orden de los debates académicos. (...) La lucha antiacadémica resultará evidente si se lee la revista *Los Libros*, avanzada teórica de esta visión cultural, y en la que la crítica literaria ocupó un lugar privilegiado. Allí se pueden ver las impugnaciones que se hacían a los programas de literatura vigentes en la Facultad de Filosofía y Letras porteña, un indicio del interés que la universidad tenía para esta crítica politizada, pero vocacional y constitutivamente académica. (Panesi 1996:331-332)

En *Los Libros* hay tres textos de Sarlo en esta línea: la primera reseña que escribe para la revista ligando la posición de lectura de *Nueva crítica* con la entonces institucionalizada en la carrera de letras de la UBA (1970a), un ensayo que firma junto a Altamirano (1973) y que toma como una de sus fuentes para el diagnóstico las clases de Literatura argentina dictadas en la misma institución durante el segundo cuatrimestre de 1973 y el estudio fundacional de clases y programas de la universidad pública titulado «La enseñanza de la literatura. Historia de una castración» (1972c) que participa de un número clave por varias razones.

Corre setiembre de 1972. En agosto se habían producido los fusilamientos de Trelew. Inmediatamente el poder ejecutivo sanciona un conjunto de «medidas a aplicar» que la revista contraviene, en principio, publicando ese texto bajo el irónico título «Los “Altos Mandos”, mandan» (Schmucler y otros 1972d:28). En las antípodas de lo que ese documento de la Junta de Comandantes en Jefe ordena, *Los Libros* presenta la editorial «El silencio de Trelew» apartándose de la aconsejada reproducción de «los comunicados oficiales» para encolumnarse en la lucha de la «prensa revolucionaria» que deja escuchar «la palabra que el sistema trata de callar» (1972b:2).¹¹

En ese número clave se da a conocer el resultado de la encuesta «Hacia la crítica» que responden Aníbal Ford, Luis Gregorich, Josefina Ludmer, Ángel Núñez y Ricardo Piglia. Se vuelve allí sobre el subtítulo que *Los Libros* había adoptado desde el número 22 y que en este, el 28, ocupa toda la tapa, con letras enormes: «Para

una crítica política de la cultura». Se trata de escudriñar qué posibilidades tiene de materializarse «una crítica política de la cultura» (1972c:3) en aquellas condiciones nacionales, continentales e internacionales (triple mira sostenida en la mayor parte de las contribuciones, a modo de bandera). Esta entrada de la revista es una suerte de continuidad de la editorial «En este número» publicada en el anterior (1972a: 2) que fue «necesario» introducir, tal como se alertaba en «Etapa», el editorial del número 8 (Schmucler 1970:3), dadas las circunstancias. En este marco turbulento, y después de la discusión que el número 27 había transparentado respecto de si la revista debía o no atender a asuntos recientes ligados a hechos políticos (un debate fundado en el aparente olvido de la posición que ya se había tomado sobre el asunto en el número 8), se vuelve a explicitar, exasperando los tonos, el rol de *Los Libros*:

Los Libros se inscribe en una zona que se define por la producción de ideologías (en la que se ubica el campo de “lo cultural”) para diseñar una propuesta: la crítica a la forma de producción de la cultura dominante. Y esto significa articularse en el contexto de la lucha de clases en Argentina. (Schmucler y otros 1972c:3)

De este nuevo texto manifiesto, comparable al del primer número por su poder condensatorio y por su radicalidad, destaco dos puntos inherentes a los ejes sobre los que gira este artículo. Por un lado, el que se refiere a la relación entre teoría y posición de lectura. Una cuestión que se plantea no sólo desde las editoriales, artículos e informes sino desde una publicidad con sólidos argumentos: también allí la difusión de teoría, especialmente durante la dirección de Schmucler, tiene un lugar prominente.¹²

Por otro lado señalo cómo se encabalgan aprendizaje (no necesariamente institucionalizado —no desde el oprobioso estado de las instituciones entonces—) y autonomía: «Escribir bien es un poder y un emblema de poder: por eso hay que saber qué significa este *bien* (en el sentido en que se habla de tener bienes)» (3). El lugar que la discusión crítica apoyada en un sólido aparato teórico tendrá en la reformulación de los contenidos del plan de estudios de la carrera de letras de la UBA y los argumentos que se sostendrán para defender las posiciones sobre este tema en las clases de los años ochenta (cf. Gerbaudo 2016c), se anticipan desde las páginas de esta revista aunque, cabe resaltarlo, con el tono militante impulsado por un credo revolucionario que progresivamente se irá apagando:

Una clase social es también un estilo. La literatura sirve, en el peor de los casos, para exaltar el estilo de las clases dominantes (...). Desde la familia (pasando por la «escuela» en tanto institución/es legitimadora/s) se va constituyendo un campo de relaciones verbales donde tabúes y jerarquías delimitan la inserción significativa en el sistema social.

El chico aprende una jerga familiar, luego debe aprehender una lengua «nacional», en el interior de la cual hay unos textos que son propuestos por la sociedad como su máxima expresión (el papel de la ideología del ochenta hasta Güiraldes, es fundamental en la «formación» literaria reproducida por nuestras instituciones). (Schmucler y otros 1972c:3)

Las preguntas de esta encuesta, «Hacia la crítica», dan cuenta del interés del Consejo de dirección de la revista por la enseñanza. Sólo si se piensa que la crítica y las teorías tienen algo para aportar a la cuestión de los modos de leer en las instituciones educativas por-venir, puede hacerse la pregunta que repongo (en sintonía con el tipo de materiales y de problemas que Sarlo abordará, entre Gramsci y Althusser, en este mismo número 28 —1972c—):

1. Desde el comienzo de la escuela se va internalizando una ideología de la literatura, definida por el lugar que se le asigna a la misma, la «función» que se le define, etc., ¿es una tarea de la crítica la de definir y precisar los efectos que esta ideología tiene en nuestra manera de leer literatura? (4)

El mítico Seminario de Ludmer «Algunos problemas de teoría literaria» dictado en la Facultad de Filosofía y Letras apenas restituida la democracia, responderá obsesivamente a este interrogante (cf. Gerbaudo 2011a, 2013a, 2013b, 2015c). En este mismo número 28, Noé Jitrik reseña el texto de Ludmer sobre *Cien años de soledad*, Eduardo Romano hace lo propio con *El fuego de la especie* de Jitrik, Schmucler trabaja sobre una compilación de Lafforgue sobre narrativa argentina actual y se publica una ácida polémica entre Blas Matamoro y Nicolás Rosa alrededor de la escritura crítica y los modos de leer.

En definitiva, mediante este recuento destaco que en particular este beligerante número de *Los Libros* es clave por tres razones: primero, por la radicalización política que preanuncia (anticipada en el número anterior con la editorial que expone la discusión interna que derivará en el alejamiento de Schmucler a partir del 29); segundo, por la confluencia de un conjunto de lecturas en cruce y de discusiones teórico-críticas entre sus colaboradores de carácter extremadamente punzante y definitorio del destino de la publicación; finalmente, por la aguda crítica al funcionamiento de la formación universitaria en letras a través de un muy documentado texto de Sarlo que abrirá, casi cuarenta años después, una línea de investigación en el campo.

En este estudio, «La enseñanza de la literatura: historia de una castración», Sarlo realiza un elocuente diagnóstico sobre la institucionalización de la teoría literaria y las literaturas argentina y latinoamericana en la carrera de letras de la UBA desde una autfiguración que pretende reforzar la legitimidad de su palabra en la disputa pública que desencadena. Más allá de la impecable selección y análisis de los datos, se respalda en una posición colectiva asumida desde el rol de escriba: «Este texto no me pertenece. Sólo lo he escrito. Responde, resume y viene de lo hablado por una decena de críticos y egresados de la carrera de Letras» (1972c:8).

Su implacable lectura se recorta en tres planos. Cada uno, definido por una sub-hipótesis que refuerza la que adelanta el título: en primer lugar trabaja sobre el plan de estudios de la carrera, luego sobre la investigación producida por su plantel docente y finalmente, sobre los programas y apuntes de las materias Introducción a la literatura, Literatura Iberoamericana y Literatura argentina en

un arco comprendido entre el segundo cuatrimestre de 1966 y 1972. No es necesario agregar demasiado respecto del encuadre político del recorte temporal y la embestida que preanuncia dada la prácticamente nula posibilidad de emergencia, dentro del espurio orden oficial, de un acontecimiento que alterara el vasallaje y el concomitante estado de las cosas; entre ellas, las medrosas prácticas de investigación y enseñanza de la literatura.

El plan de estudios es solicitado desde un interrogante doble, «¿para qué o a quién sirve *lo que se enseña?*» (8), al que le sigue el punteo de sus características de las que sobresalen dos: por un lado, el «acento» está puesto en la literatura como «historia» («la carrera se enanca en un galope por los siglos y una vertiginosa recorrida de países» regido por un concepto «turístico» —8—); por el otro, se «descansa sobre la no cuestionada certeza de que una sólida cultura clásica es el mejor punto de partida para el planteo de cualquier problemática: ocho cursos de lenguas clásicas dan fe de una vocación por los “orígenes”» (8). Si bien muchos años después de su activa participación en la reforma del plan de estudios de los ochenta (promovida por su entonces director de departamento, Enrique Pezzoni) revisará la decisión de haber «liquidado los griegos y los latines» (2009), tanto en los ochenta como antes en los setenta, su balance era incontestable: «Ocho cuatrimestres de clásicas contra seis de literatura española y latinoamericana son una de las tantas relaciones cuantitativas que pueden establecerse. Y todo significa» (8), en especial cuando algunos programas de latinoamericana centrados en la «novela del siglo xx terminan con *Ciro Alegría*» (10). Su diagnóstico es demolidor porque lo que revela, junto con estos datos, es la falta de discusión sobre el hacer en una institución que debiera tener esa práctica como marca.

El segundo plano de su trabajo comprende la investigación producida por el plantel docente. El saldo de su balance es negativo. La ecuación entre mercantilismo, ocupación oportunista de los espacios vacantes a causa de las renunciadas masivas que sucedieron a la «noche de los bastones largos» y resultados mediocres no deja prácticamente nombres en pie. El categórico veredicto empieza por la cuestión salarial: «quienes, en muchos casos, se benefician con una dedicación exclusiva a la tarea docente no han realizado, en los últimos años, aportes de consideración a la crítica o a la teoría, por lo menos en Buenos Aires» (8). Se desliza, junto a este planteo, su fantasía de producir teoría desde Argentina mientras distingue, sin mencionarlas, las firmas que concentran el poder simbólico del campo. Firmas situadas por fuera de ese conjunto institucionalizado contra el que arremete desde su muy articulada artillería argumentativa: «La carrera de Letras produce un esclerótico conjunto de “aproximaciones a” que encuentra, inevitablemente, un sistema dentro del cual encuadrarse» (8). Como en el punto anterior, detalla: «los institutos (...) que se supone son centros de investigación a la vez que bibliotecas, vegetan en la superficialidad de unas pocas comunicaciones anuales, algunos boletines bibliográficos y fichas de clase o traducciones» (8). Estas prácticas manifiestan una resistencia a la teoría entendida en los más literales términos en que Paul De Man habla de resistencia a la lectura, es decir,

una resistencia a vérselas con la materialidad del lenguaje. Prácticas solidarias del rechazo llano y plano a toda actividad que implique un cuestionamiento:

Es lícito preguntar qué es la literatura para los profesores de la carrera, suponiendo ingenuamente la existencia de una teoría que dé cuenta de una cierta textualidad, convertida en objeto. Sin embargo esa teoría se recorta en el vacío: la negación de la teoría es la teoría de la carrera. Obviamente se tiende a la naturalización del concepto de literatura, escamoteando todas sus instancias concretas. El objeto es un libro que no se mira a sí mismo, ni a cómo es producido o consumido, el libro es un fruto, un objeto natural (...). Sólo nos convoca la belleza, la disciplina, la biografía, la bibliografía, etc. (8)

Su conclusión es terminante: «la producción crítica sobre literatura que realmente importa no pasa por ellos» (8). Son justamente los textos ausentes de esos programas los que se reseñan en *Los Libros*, los que se publican vía el CEAL. En definitiva: los que se hacen circular en y por las formaciones concebidas como núcleos de resistencia contra-hegemónica. Sarlo escribe, por lo tanto, contra la circulación de bienes culturales promovida por los grandes medios, por el mercado y por las instituciones oficiales de aquella dictadura.

El tercer plano de su análisis abarca los programas y arranca justificando por qué es indispensable escudriñar el de Introducción a la Literatura: una justificación que empalma la necesidad de articular formación teórica con autonomía lectora, metodológica y didáctica. Sarlo señala que esta es «una de las primeras materias de la carrera» concebida como «el único encuadre dentro del cual se manejará el estudio de la literatura de allí en adelante»: es, «por lo tanto, su supuesta base ideológica y teórica» (8). Su dictamen no es alentador. Las características que apunta son las siguientes: «a) un progresivo y oportunista intento de “actualización teórica” en los programas dictados por Antonio Pagés Larraya» del que resulta un «enciclopedismo pedante y por momentos disparatado» que poco puede dejar en términos didácticos, en especial cuando se libra al estudiante «a hacerse cargo de la heterogeneidad» de contenidos; «b) la validación de un solo concepto en torno del cual gira toda la propuesta: la teoría de los géneros» en ocho cursos de Delfín Garasa que combinan ignorancia con negocio («[Garasa] ha ideado un eficiente sistema de producción y venta, en conjunto con la editorial Columba: él escribe un libro llamado *Los géneros literarios* que Columba edita y vende como bibliografía de la materia» —9—); «c) la crítica académica propiamente dicha» (9): en pocas ocasiones este adjetivo ha sido mejor empleado para dar cuenta de un modo de leer escolarizado que sostendrá su hegemonía en los polos dominados del campo hasta bien entrado el siglo XXI. Contra esa calculada y protegida inercia opera la apropiación que Sarlo promueve: una forma de resistencia que identifica el dominio de la teoría con la posibilidad de decidir cómo leer. De otro modo se corre el riesgo de quedar atrapado en una falsa representación de la teoría, ya sea por la naturalización de un modo de leer como «el» modo de leer; ya sea por el consumo de los «recetarios de gran éxito» como *El análisis literario*

de Raúl Castagnino que Sarlo descalabra junto a sus programas cuyos contenidos actúan una «versión escolar» (Barthes 1966:25) del estructuralismo enlazada a una mala vulgata de diferentes recortes de teorías entre las que se destaca «una simplificada estilística» (10). Se trata de instrumentaciones de una metodología deliberadamente aplicacionista: «Castagnino elige dos textos de aplicación: la *Oda a los ganados y a las mieses* de Lugones y *El lazarillo de Tormes*» (9). Al respecto, observa: «La literatura funciona así como el ejemplo y no como la realización del código» (10). En base a sus apuntes de clase menciona que Castagnino realiza «un esfuerzo de actualización» que sin embargo se eclipsa por «un pensamiento cristalizado sobre la literatura que actúa como sistema cerrado al cual le es muy difícil incorporar teoría» (10) en el sentido de habilitar una lectura crítica que resulte enriquecida por esa introducción. Práctica resistida desde lo que, junto a Gaston Bachelard y Alicia Camilloni, llamamos «obstáculo epistemológico» (cf. Gerbaudo 2011b): la naturalización de una rutina que impide interrogar productivamente el objeto sobre el que se trabaja, que impide «parpadear» (cf. Derrida 1983). Un endurecimiento de la visión reforzado por la dictadura que tomará el poder en 1976 y que dejará sus huellas en el sistema educativo, económico, político y cultural de Argentina mucho más allá de la recuperación del orden democrático (cf. Fogwill, Gerbaudo 2016c, Schwarzböck).

Finalmente repara en el nombre de algunas materias (la primera vez que escribe «Literatura Iberoamericana» se cuida de agregar «(sic.)» —8—) junto a ciertas omisiones de contenidos y de corpus de las que son responsables cátedras que identifica: entre los «ejemplos de la inconsciencia y la ligereza con que cómodamente se sectoriza todo» (10), recalca los «equivocos» de Guillermo Ara en dos programas de «Literatura argentina». Uno centrado en el realismo; el otro, en «La novela moderna: formas de la violencia» (10) que inexplicablemente excluye la obra de David Viñas y *Operación masacre*. De «Literatura Iberoamericana», dictada alternadamente por Julio Caillet-Bois y Antonio Serrano Redonnet, menciona como «insólitas»¹³ las ausencias de «la totalidad de la literatura en portugués, el silencio absoluto sobre Onetti, Felisberto Hernández, Benedetti» (10) y una larga lista entre los que están Enrique Lihn, Mario Vargas Llosa, Guillermo Cabrera Infante, Carlos Fuentes, Juan Rulfo, Vicente Leñero, José María Arguedas, etc. Vacíos a los que opone «la constante presencia en los programas de Serrano Redonnet de la literatura colonial y clásica» (10). Vale reponer su última frase porque articula sus hipótesis parciales con la promesa deslizada por su título: «Pragmatismo y academicismo se dan la mano para obtener no sólo el poder dentro de la universidad, sino para castrar el objeto mismo sobre el cual discurren y afirmar, en consecuencia, la propiedad del dominador sobre la cultura» (10).

La preocupación de Sarlo por la enseñanza, evidente en su derrotero posterior (cf. Gerbaudo 2016c, López Casanova), ya se advierte en los tiempos de *Los Libros*, incluso por los textos cuya difusión promueve: la publicación en el número 38 (es decir, cuando la revista se encuentra bajo su dirección junto a la de Altamirano y Piglia) de un lúcido estudio de Josefina Delgado, Carlos Dámaso

Martínez y Julio Schwartzman es altamente significativa. En el momento del viraje signado por la militancia maoísta del Consejo de dirección, momento en que la revista privilegiaba la difusión de textos programáticos de fuerte moralización político-partidaria, la decisión de publicar un documentadísimo análisis de los manuales usados para la enseñanza de literatura en el nivel medio da cuenta de la importancia que el tema tenía ya entonces en su agenda. Cito un pasaje de esa micro-investigación que constata cómo, generalmente sin resoluciones contradictorias, la revista articulaba su lucha contra la teoría de la dependencia sin renunciar a una estratégica internacionalización gestionada a pesar de los límites que esa coyuntura política imponía a la práctica (los mayores movimientos del campo en términos de internacionalización responden a situaciones forzadas: por razones políticas durante las dictaduras del 66 y del 76; por razones económicas después de la crisis del 2001 —Gerbaudo 2015b—):

La historia de la literatura latinoamericana, desde la perspectiva de un proyecto cultural de liberación, debe revelar la búsqueda de una cultura nacional y popular en lucha contra las expresiones dominantes de la dependencia y la explotación y hacer posible una lectura que rescate de lo antiguo lo que sirva al presente y de lo extranjero lo que sirva a lo nacional. (Delgado y otros:8)¹⁴

Por otro lado hay dos líneas que tendrán continuidad en las prácticas posteriores de Sarlo y que ya se prefiguran aquí: el análisis de medios y la discusión de políticas públicas. Si bien se apartan del eje recortado en este trabajo, vale la pena repasar muy sucintamente algunos puntos que sin embargo lo rozan y que enriquecen el análisis de su producción ya que despejan las razones que la promueven: su muy controversial uso del lenguaje es inescindible de sus fantasías sobre el rol de los intelectuales en la lectura y la configuración del presente.

Sobre medios y política nacional, Sarlo escribe para *Los Libros* dos textos importantes. El primero, ligado a la discusión que va a terminar con la salida de Schmucler de la revista, se enreda con la polémica desatada alrededor del propuesto por Altamirano (1972) sobre el Gran Acuerdo Nacional que llevaría a las elecciones de 1973 (cf. Schmucler y otros 1972a). Sarlo realiza un exhaustivo análisis del tratamiento mediático del tema, puntillosamente cuidado desde el punto de vista metodológico: sobre un corpus recortado a partir de un muestreo de los mensajes que recibe «el televidente porteño» (1972b:4) durante diez días (desde el 30 de mayo al 8 de junio de 1972) en un rango de horarios amplio y en variados programas que van desde los deliberadamente políticos, como *Tiempo nuevo* o *Derecho a réplica*, hasta la telenovela *Rolando Rivas, taxista* pasando por *Almorzando con Mirtha Legrand* (corpus del que deliberadamente excluye, por predecible, «la programación de canal 7»), extrae un conjunto de conclusiones sobre la manipulación mediática de la cuestión con los mismos tonos inflexibles que utilizará para leer la relación política-medios en otras coyunturas. Más allá del cambio de posición partidaria, es la misma intransigencia moral la que en

cada caso arrastra al fervor enunciativo. Un análisis articulado desde una creativa apropiación de los conceptos de «ideologema» de Kristeva (cabe destacar que se trata de uno de los usos más inteligentes y osados registrados históricamente en el campo cultural argentino) junto al de «mito» de Barthes. Ambos leídos entonces vía recientes ediciones en francés, se ensamblan con la explotación productiva del esquema de la comunicación de Roman Jakobson que, se sabe, es menos rígido de lo que la vulgata ha hecho de él, en especial en Argentina. Sarlo despunta aquí otra marca de su trabajo: sus escritos componen una crítica que enriquece la discusión en el campo cultural desde una biblioteca universal (no hubo en esto ninguna ortodoxia partidaria que la hiciera titubear, ya desde entonces).

Sobre este mismo tema vuelve en el número 29 de *Los Libros*, el primero sin la dirección de Schmucler: Altamirano retoma su interpretación del Gran Acuerdo Nacional (cf. 1973) y Sarlo hace lo propio en uno de los artículos más extensos que escribe para la revista. «Elecciones: cuando la televisión es escenario» (1973) es otro antecedente de sus persistentes análisis del discurso político en intersección con el mediático. Ante la perspectiva de futuras elecciones, detecta estereotipos en los medios mientras recrimina la degradación y la trivialización de lo político cuyos asuntos son tratados del mismo modo que «otros productos del discurso televisivo» (1973:8); señala la resistencia de la televisión a analizarse a sí misma; observa la neutralización de lo político «en nombre de un interés por la anécdota» así como el predominio de la «técnica publicitaria (cortos y jingles)» que ha «invadido la campaña electoral» apelando a «los mecanismos más irracionales de la audiencia» (9). Más allá de la moral militante que la conduce a las soluciones que propone, su lectura del estado de situación en los puntos que extracto es impecable y no queda atrapada en los fanatismos propios de aquella coyuntura impulsados por su apuesta a la lucha revolucionaria, ya entonces interpretada desde las matrices maoístas:

Las campañas desplazan su centro de la verbalización programática a la imposición de imagen (...) apostando a la persistencia en el medio y atribuyéndole un poder de penetración de audiencia (...). Se parte de esta forma, de la convicción de que la elección política no pasa por el discurso político sino por su negación. (...)

Quien no tiene capital político debe reemplazarlo por las campanas de agencia. (8-9)

Sobre política internacional se destaca un temprano «Informe sobre Bolivia» (1971a) publicado junto a un reportaje que le hace al que consideraba el «mejor escritor» (1971b:25) de ese país. Ese informe, absolutamente supeditado al tratamiento de cuestiones de economía y modelos de desarrollo nacionales, está atravesado por las esperanzas de la época alrededor de la lucha revolucionaria. Pleno de marcas de ese orden, constituye un antecedente del tipo de texto que luego va a ensayar, en otras coyunturas y desde otros énfasis y credos, en *La batalla de las ideas*, y más adelante, en *La audacia y el cálculo*.

En ese sentido, su descripción del pensamiento de Hernández Arregui, «una de las figuras teóricas» del «peronismo de izquierda» (Sarlo 1974c:3), puede leerse

como una justificación oblicua de su desplazamiento del peronismo al maoísmo. Sarlo parte de un reconocimiento de una huella en la que se desliza una autofiguración en tiempo pasado: «su prestigio y su influencia se ejercieron especialmente sobre las generaciones jóvenes —de las que quien esto escribe formaba parte» (3). Su distancia se establece desde una posición que, en lo teórico, combina Althusser con Gramsci y, en lo político, está transida por una moral militante que será llevada al extremo en las editoriales de los números finales de *Los Libros*.

En el número 40 de marzo-abril de 1975, Piglia publica su último ensayo para la revista, «Notas sobre Brecht», antecedido por una carta en la que expone las razones por las que se aparta del Consejo de dirección. Dado el acuerdo en que «la política debe ser el centro de todo trabajo intelectual» (1975b:3) y justamente, dada su «discrepancia» en la «evaluación del gobierno de Isabel Perón» (para Piglia, ni «nacionalista» ni «tercermundista» sino ejecutor de una «política represiva, reaccionaria y antipopular» —3—), en función de no «despolitizar la revista y convertirla en un órgano “de cultura” en el sentido más tradicional» (3), renuncia. En la misma página, Sarlo y Altamirano le responden asumiendo la defensa de María Estela Martínez de Perón y destacando su accionar contra el «imperialismo yanqui» y el «socialimperialismo soviético». Aunque ubicados en otro colectivo político, definen su posición «junto al pueblo peronista»: «pensamos que sólo el pueblo hegemónizado por la clase obrera puede asegurar el desenlace positivo de la actual situación y que las masas organizadas y armadas son la única garantía de un triunfo definitivo» (1975a:3).

El número siguiente la revista modifica su subtítulo: «Una política en la cultura» es el que adopta (cambio anticipado en la contratapa de este número 40).¹⁵ De aquí en adelante centra sus contenidos en la difusión de inéditos de Mao (tendencia que cobraba protagonismo, en especial desde el número 35 dedicado a «China después de la revolución cultural» —1974:Tapa—), en la discusión de informes sobre salud, trabajo rural, etc., en convivencia con una menor proporción de ensayos sobre cine y literatura.¹⁶

Desde el número 40 se incorpora la sección «Información de *Los Libros*»: un apartado misceláneo en el que la enseñanza de la literatura tiene un lugar importante, aunque en nada comparable a la preponderancia del análisis político radicalizado, incluso en estas notas breves, por lo general, sin firma.¹⁷ A partir del número 43 esta sección llevará firma y se rotulará «Informaciones». Sarlo escribirá tres columnas: dos sobre cine y una sobre literatura. Interesa destacar cómo aún en estas reducidas notas se insinúan sus fantasías de intervención más persistentes entre las que sobresale la de modelar el canon a partir de la difusión de obras con marcas estéticas singulares que las apartan del circuito comercial. Por otro lado cuestiona tanto el armado de cánones que sólo consideran lo circulante en Buenos Aires como la confusión entre las más expandidas «variantes del pintoresquismo y del folklorismo» con lo que dos décadas después llamará «regionalismo no regionalista» (aquí habla de «propuesta firme de literatura regional popular» —1975c:3— y rescata la firma sobre la que luego diseñará buena parte de sus clases en la universidad de los ochenta: Héctor Tizón).

Su aporte a la construcción de la firma Saer se prefigura ya aquí, no sólo por sus directas referencias a los primeros trabajos del santafesino sino por este credo estético y por esta actitud, impulsada por la curiosidad y por una ética congruentes con una mirada abarcativa respecto de cómo se define la «literatura argentina», su crítica y su enseñanza: es a partir de un mapa expandido del estado del arte que realiza su selección.

Sus notas sobre cine son tributarias de estos mismos credos: cuestionará tanto «el exotismo de clara intención comercial, la percepción exterior de lo folklórico y el pintoresquismo» a propósito de una película de Rodolfo Kuhn (1975d:8) como los giros «almibarados» (1976b:24) de un director polaco cuyo último film, entonces recientemente estrenado en Buenos Aires, rescata solamente en términos de «testimonio de las condiciones de vida» en su país pensado en el conjunto de los del Este europeo «dependientes de la URSS» (23).

Las prácticas y sus «cuentos»

Treinta años después de su intervención en *Los Libros*, Sarlo vuelve al número en el que publica su primera contribución para la revista. Ese es el que Borges adelanta «El otro duelo»; el cuento en el que en *La pasión y la excepción* (2003) Sarlo reconoce una lectura cifrada de la violencia política en la Argentina de entonces. Es justamente en el prólogo que escribe a este libro donde compone una autfiguración articulada con lo que sus prácticas de todos los años que mediaron confirman. Pero además, agrega detalles sobre lo que no podemos descubrir en sus artículos y reseñas: detalles sobre motivaciones íntimas que se anudan con una de sus obsesiones políticas. Detalles que arroja mientras gira sobre una de sus constantes críticas: «Hay razones biográficas en el origen de este libro y conviene ponerlas de manifiesto. Formo parte de una generación que fue marcada en lo político por el peronismo y en lo cultural por Borges. Son las marcas de un conflicto que, una vez más, trataré de explicarme» (9). El libro aparece entonces también como un intento de esclarecer(se) un recorrido en el que detecta recurrencias y rupturas. Un itinerario intrincado con huellas de historias familiares en la formación de un punto de vista figurado por contraste:

Para alguien como yo, cuya familia participó de la oposición «gorila» al primer gobierno peronista, tanto la figura de Eva como la admiración por el talento maniobrero, la astucia socarrona, las ideas y el carisma de Perón fueron el capítulo inicial de una formación política que implicaba una ruptura con el mundo de la infancia. Ser peronista (significara eso lo que significara) nos separaba del hogar e, imaginariamente, también de la clase de origen. (12)

«Nadie es lo que fue», subraya Sarlo (2011b) en una entrevista concedida a Ricardo Carpena a propósito de *La audacia y el cálculo* (2011a). «Veo a otra mujer (que ya no soy)» (11), aclara en el citado prólogo distanciándose de aquella que había festejado el «asesinato» de Aramburu. Y agrega: «Quiero entenderla, porque esa que yo era no fue muy diferente de otras y otros (...). Aunque mi camino

político iba a alejarme del peronismo, en ese año 1970 admiré y aprobé lo que se había hecho» (11). Un agregado que inscribe sus intervenciones dentro de una trama colectiva fuera de la cual, por otro lado, resulta empobrecedor leer los énfasis y las radicalizaciones que no admitían en los setenta puntos intermedios: «victoria/derrota», «patria o muerte», «liberación o dependencia» eran las intransigentes banderas de la época. Consignas que se filtraban a pesar de las omisiones, los silencios y las censuras en el medio familiar. También contra esas oclusiones, se construye una subjetividad:

Quienes no heredamos el peronismo sino que lo adoptamos, no teníamos de Eva casi ningún recuerdo, fuera de los insultos que se pronunciaban en voz baja, las fotos de los diarios, y el revanchismo triunfal de septiembre de 1955. Debimos, entonces, conocer a Eva, recibir el mito de quienes lo habían conservado. Tanto como ella fue producto de la voluntad y la audacia, nuestra Eva salía de la voluntad política impulsada por la leyenda peronista. Eva había muerto cuando yo tenía diez años. Mi padre no me permitió ir a su interminable velorio en el Congreso. Pocos años después, con la dudosa ayuda de un ejemplar de *La razón de mi vida* encuadernado en cuero rojo, debo de haber construido para mi uso (como tantos otros) la imagen de una Eva revolucionaria, movida por la ingobernable fuerza de lo plebeyo, más militante que aventurera (...). Eva seguía siendo una figura ajena a mi experiencia, una condición a alcanzar o una alegoría cultural del peronismo, el personaje de un relato del estado peronista que, en sus manos, había tenido algo de edad de oro. (12)

Sarlo escribe sobre Eva, en principio, por curiosidad: «este libro vuelve a Eva para averiguar algo más» (12), dice. Una Eva otra respecto de la figurada por aquella mujer que fue. Una Eva que su formación intelectual y sus experiencias políticas posteriores le ayudarán a componer.

Este artículo vuelve a sus intervenciones en *Los Libros* para saber algo más sobre sus fantasías de intervención y sus resistencias leídas en un doble plano: por un lado, el de la trama político-cultural de los convulsionados años setenta en la que se inscriben;¹⁸ por el otro, el que las pone en diálogo con sus cuentos retrospectivos sobre lo que las rodeaba e impulsaba. Doble plano que intenta evitar equívocos por anacronismo entre los que la superposición de mitologías heroicas como la sanción retrospectiva de «errores» de interpretación histórica son los extremos de un mismo obstáculo ideológico y epistemológico a la vez. Doble plano que exige actualizar toda su producción para alojar este trabajo puntual realizado entre 1970 y 1976 en la revista fundada por Schmucler y cerrada bajo su conducción junto a Altamirano y Osvaldo Bonano. Un trabajo analizado aquí desde la pregunta por sus fantasías y resistencias en relación con la institucionalización y con la internacionalización de la investigación literaria: dos procesos sobre los que ha tomado posición desde los comienzos, prácticamente sin oscilaciones.

Fantasías y resistencias legibles, en principio, a través de sus operaciones. Es en correlato con las ya definidas junto a los cuentos retrospectivos que las rodean que pueden derivarse de los papeles de Sarlo en *Los Libros*:

a) La fantasía de incidir en la lectura crítica de la trama cultural a partir de la apropiación selectiva de un conjunto de nombres y de categorías circulantes en la escena internacional: Gramsci y sus conceptos de «hegemonía», «nacional» y «popular» para describir desde el cine de Favio hasta la literatura (incluso la que luego ocupará un lugar de culto en su muy selectivo canon: la que firma Saer); Kristeva y su concepto de «ideograma» para desnudar las estrategias de los textos que desde los medios interpretan diferentes cortes de aquellos vertiginosos años setenta; Barthes, la presencia más fuerte en sus escritos de *Los Libros*, en especial por los conceptos de «moral», «escritura» y «mito». Como se observa, la apuesta a la teoría es un punto clave de la «intervención crítica» (Altamirano y otros 1973:3) en tanto apunta a desnaturalizar los objetos de consumo cultural: en la editorial del número 29 se repasan los roles y los objetivos de la revista. Se subraya que mediante la consigna «para una crítica política de la cultura» se intenta «definir tanto un campo de operación como un modo de intervenir en él» (3) a la par que se insiste en mostrar el carácter de constructo de los productos culturales. En esa composición juegan un rol central las instituciones y las formaciones entre las que se encuentra *Los Libros*: «ni la noción de cultura es unívoca —menos aún inocente— desde el punto de vista ideológico, ni las realidades que tiene como referentes constituyen datos simples y transparentes» (3). Es allí, en esa operación de desvelamiento, donde radica la fantasía de intervención central del equipo.

Con sus matices, cada artículo es la puesta en acto del programa de lectura que Panesi caracteriza de modo inmejorable como una «triple y ambiciosa intervención» (1985:30): por un lado, «*en el mercado*, divulgando conceptualizaciones que eran patrimonio de restringidos grupos de expertos (*Los Libros* se vendía en los quioscos)»; por el otro «*en la idea (o ideología) acerca de la literatura*, a la que se pretende modificar quitándole la sacralidad burguesa» y, «finalmente, *en los códigos de lectura*, desmontando su base ideológica e interrelacionándola con los dos planos anteriores» (30).

b) La fantasía de modelar un lector a partir de la intervención desde espacios que se crean (formaciones) y otros que se disputan (instituciones ilegítimamente ocupadas durante el onganiato): el análisis voraz de lo recientemente producido en cine y literatura así como de los hechos que se agitaban en el convulsionado escenario político local, continental y mundial de los años setenta, se sostiene en la apuesta (entonces repetida machaconamente en cada nota y a propósito de cualquier tema) a la lucha armada revolucionaria como el camino al socialismo. Una batalla inescindible de la lucha cultural que comprende al campo literario pero que lo desborda: es desde ese marco amplio que se entiende, no su más previsible escritura sobre cine sino sus análisis del discurso de los medios sobre las alianzas políticas y sus fundacionales estudios sobre enseñanza de la literatura en la universidad, más allá de sus «informes» sobre el estado de la acción revolucionaria librada entonces en otros países de América Latina.

Si me detengo en su análisis sobre política y medios y sobre la enseñanza universitaria de la literatura es por la sorprendente actualidad de ciertos aspectos

tos de esos trabajos: si se extractaran, sin datarlos, algunos fragmentos sobre la construcción mediática de candidatos sin capital político para las elecciones del '73 y se los completara con datos sobre candidatos sin capital político durante las últimas de 2015, se corroboraría lo que enunció. Otro ejemplo, esta vez de *La audacia y el cálculo* donde afirma: «Hace muchos años Aníbal Ford, un vanguardista en el estudio de medios, repetía que la prensa jamás se toma como objeto» (2011a:103). Hace muchos años también ella, «una vanguardista en el estudio de medios», realizaba ese mismo diagnóstico (cf. 1973:8), entre otros de pasmosa vigencia cuyo rastreo excede el objetivo de este artículo.

Por otro lado, si se observan las decisiones metodológicas tomadas para esa condensada investigación sobre la enseñanza universitaria de la teoría literaria y las literaturas argentinas y latinoamericanas, se advertirá su potencia para los trabajos que recién bien entrado el siglo XXI comienzan a escribirse sobre ese mismo tema y desde similares opciones metodológicas (cf. Ingaramo 2012a, 2012b; Santucci). Un análisis pionero del que tenemos noticias retrospectivas respecto de su impacto en el momento de su aparición ya que en uno de sus «cuentos», Altamirano da su versión de la recepción de estos escritos en aquel agitado contexto: «Beatriz había escrito un artículo sobre los programas de literatura argentina que sirvió para que los estudiantes de Filosofía y Letras impugnaran, discutieran, se involucraran» (en Somoza y Vinelli:17). Y agrega: «*Los Libros* producía artículos o trabajos o dossiers que servían para el debate universitario» (17). Un ángulo de acción que está presente también en su narración sobre cómo se arma la revista destacando la meta «de reunir a la crítica que no se practicaba en la universidad» (12).

Por su parte Piglia apunta: «siempre tuvimos la idea de que había que intervenir, que una revista —que tiene una llegada relativa— tiene que influir sobre los que influyen» (17). Se podrá ver que incluso el cuento que cuenta desde el presente traduce algo de aquella confianza en el efecto de las acciones emprendidas por el más o menos estable colectivo que la llevó adelante desde el '69 hasta el '76.

En su análisis pionero de *Los Libros*, Panesi rescata como su «aporte original» el haber podido construir «un espacio de discusión crítica especializada puesto en contacto con el gran público, postura que desplazaba del ámbito de la universidad la reflexión acerca de los métodos y alcances del discurso crítico» (1985:45).

c) La fantasía de promover la discusión de ideas expandiendo los destinatarios a partir de textos con escaso metalenguaje que explicitan la «colocación» (Altamirano y Sarlo 1975b:3) en vistas a transformar el estado de las cosas (en ese fantaseo la resistencia a la «crítica académica», como la llama despectivamente —1972c:9—, desempeña un papel entre otros comparable al que tuvo, en contados momentos de su trayectoria, el trabajo en el espacio universitario —cf. Gerbaudo 2016c—). En 1998, a propósito de *Escenas de la vida posmoderna*, Podlubne advierte en este movimiento una tenaz «voluntad de intervención»: «si algo puede definir su actividad intelectual es la interrogación sobre el pre-

sente destinada al fin previo de “mostrar que las cosas no son inevitables”» (70). Y agrega:

ahí reside el deber moral de su crítica, en proponer interrogantes orientados a «perturbar las justificaciones, celebratorias o cónicas, de lo existente» pero con el objetivo previsto de mostrar que «lo dado es la condición de una acción futura, no su límite» (Idem). Se trata de preguntas cuyos propósitos, disimulados en los pliegues de la interrogación, se encuentran secretamente predeterminados y alientan la confianza de actuar sobre el presente. (70)

En el tiempo de *Los Libros*, Sarlo escribe motivada por los sueños colectivos de diferentes sectores de la militancia de izquierda de los setenta, atravesada por las inflexiones del lenguaje dominante en esos colectivos y por sus conceptos de «historia» con sus consiguientes derivas en la acción. Su apuesta, primero al peronismo de izquierda y casi inmediatamente al maoísmo, explica la articulación entre su interés por las producciones de corte «nacional y popular» y las lecturas francesas que citaba, con Kristeva y el grupo *Tel Quel* a la cabeza.¹⁹

Pero más allá de los cambios de coyuntura socio-cultural como de signo individual en términos político-partidarios, se detecta en su producción la misma fantasía de incidencia cada vez que despliega, como entonces, su «crítica política de la cultura» en diferentes cortes temporales: tanto en los setenta de la «lucha armada», en los ochenta de la «primavera alfonsinista», en los noventa del «neoliberalismo» como en los años kirchneristas es la convicción de que el intelectual debe tomar partido, fuera de toda especulación, a puro gasto, pagando todos los precios, la que pareciera animarla a producir los textos que firma. Puede compartirse o no la posición, el argumento, la lectura, pero lo que se valora es la exposición honesta y sin cálculo de un punto de vista sostenido, cada vez, por desmesuradas fantasías de intervención.

En 1984, apenas restituida la democracia, su conferencia en el ciclo *Los escritores, la producción y la crítica* organizado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA presenta un texto bisagra: por un lado, mientras historiza los avatares de la escritura crítica en la Argentina hace un balance que subrepticamente incluye el propio trabajo; por el otro, a partir de la detección de ausencias y eclipses en esa historia, explicita la moral de la escritura por la que finalmente se inclinará. Sarlo evalúa como «problemática» la «identidad que proporciona la carrera de Letras» de la UBA en la que entonces trabaja (6). Los problemas que detecta se traducen en interrogantes. El primero solicita la «necesidad de existencia» (7) de un discurso crítico plagado de «rasgos fuertemente iniciáticos» (10), «fechado» y en contraste con la crítica pronunciada desde textos legibles «que lo único que piden de su lector es una disposición paciente» (7). Sarlo se pregunta por sus destinatarios, fuera del espacio universitario: «¿a quién le podemos llegar a interesar con nuestro discurso?», «¿Para quién escribimos nosotros?» (7). Su respuesta hilvana dos cuestiones: por un lado, la diferencia entre su propio canon literario y el de los suplementos culturales

de *La Nación* condensado en las síntesis del tipo «los libros del año»; por el otro, la distancia entre sus modos de leer y los de esos suplementos de alta pregnancia que ocuparon el vacío dejado por el «progresivo amaneramiento del discurso más específico de la literatura» (8). Allí su reconstrucción histórica vuelve sobre el quiebre institucional producido durante el onganato: «la Universidad, que había sido un foco de modernización y de dinámica —con todas sus ventajas y desventajas— hasta 1966, se convierte desde ese momento en un espacio completamente irrelevante para la crítica» (9). Más adelante retoma este punto mientras desliza una perspectiva de solución que anticipa el camino crítico que seguirá: «La universidad fue un lugar vivo en la década del sesenta, pero clausurado este espacio de circulación de los discursos quedamos librados a nuestras tendencias más aislacionistas. Eso es lo que quizás en este momento podamos remediar» (10). Una perspectiva adelantada no sólo por las intervenciones en *Los Libros*, transidas por la radicalización política de los setenta, sino también por sus trabajos de divulgación publicados entonces desde el CEAL (en cuya gestión había colaborado) y desde *Punto de vista*: «Los debates de la crítica argentina no pasan por la universidad», resalta (9). Disconforme con aquel estado de las cosas, refuerza la alternativa que había venido deslizando: «¿Cómo podríamos tratar de elaborar un espacio para un discurso que no expulse a sus lectores?» (10). Casi a continuación trae dos nombres que contribuirá a difundir e instalar: Barthes (cf. Sarlo 1981, 2013, 2014a) y Benjamin (cf. Sarlo 2000). Mientras fundamenta su hipótesis respecto de la imposibilidad de que escrituras de ese tipo se hubieran desarrollado en Argentina, continúa con su obstinado intento de construcción de cánones teóricos: así como escribirá libros «barthesianos» (cf. Sarlo 1985, 2016) y «benjaminianos» (cf. Sarlo 1988), en esta ocasión cierra su texto con una propuesta inspirada teóricamente en las *Tesis de filosofía de la historia* de las que extrae, junto a Barthes, un modelo ético para el trabajo intelectual. De la mentada discusión entre Barthes y Picard (cf. Barthes 1966) desliza un credo didáctico pegado a su afán de contribuir al desvelamiento ideológico («me parece indispensable que los críticos mostremos cómo se arma y desarma nuestro sistema» —52—) mientras acerca la voz de Benjamin para hacer temblar los propios «conformismos» («en toda época es preciso arrancar la tradición del respectivo conformismo que está a punto de subyugarla»). Sus confesiones («extraño los escándalos de la crítica», repite como una letanía mientras evoca un texto «nada concesivo» que «no incurre en las afectaciones discursivas que sólo remiten a nuestro narcisismo» —11— publicado por César Fernández Moreno en *Primera Plana* en 1964) y sus giros sobre textos escritos en la más hostil precariedad (como *Mimesis* de Erich Auerbach) revelan modelos éticos de una práctica que había estado atravesada hasta entonces por la marginalidad institucional y que encuentra ahora su posibilidad de dicción pública desde el disputado espacio de la universidad,²⁰

d) La fantasía de configurar el canon literario, crítico y teórico en abierta disputa con las instituciones de investigación y enseñanza oficiales: es probable

que ya bien entrados los noventa, Sarlo no abrigara la fantasía de producir una teoría (el escenario mundial avalaba ya una perspectiva «post»),²¹ más allá de que aporta categorías, probablemente sin pretenderlo (cf. 1996). Pero en los setenta el contexto era otro: recordemos que en su impugnación de los programas y clases armados por los profesores de la carrera de letras de la UBA que ocuparon las cátedras durante el onganato les observaba, entre otras cosas, no haber realizado «aportes de consideración a la teoría o a la crítica» (1972c:8); recordemos también que en la editorial del número 29 se fantaseaba con «elaborar» los «métodos e instrumentos de análisis» para «los discursos ideológicos» sobre los que *Los Libros* centraba su atención (Altamirano y otros 1973:3). Era ese el tiempo en el que Ludmer esbozaba su categoría de «cuento» (1977) y más tarde, la de «modos de leer» (1985a, 1985b). Era el tiempo de un furor importacionista y de una internacionalización que tenía a América Latina como espacio de circulación dominante²² pero con el reaseguro de la producción mundial como biblioteca: un exigente estado de la cuestión sostenido por la pasión por la traducción, la gestión editorial y la actualización de las lecturas.

Exergo (o «se ruega insertar»)

Todo parecería haber estado ya ahí, en lo que leemos como comienzos de la obra de Sarlo; se sabe, no sin variaciones. Sin embargo hay un giro más o menos reciente que, en parte, desconcierta si se toma en cuenta que Sarlo practica una crítica transida por el relato pero sin pretensión «literaria». Una crítica que no ha dudado en distanciar de sus canales ortodoxos de circulación cuando lo creyó necesario: la proximidad entre su nombre y el de Valeria Mazza en las columnas de *Viva* que tanto ha inquietado a Jorge Lafforgue (cf. 2006) poco pareciera haberle importado, más atenta a contestar todos y cada uno de los mails que recibía a la dirección de la revista (y que le indicaban que esas notas sobre literatura, cine y educación por fin estaban surtiendo sus efectos en un público amplio y heterogéneo en el que sobresalían maestras —cf. Sarlo 2009—) que a tomar en cuenta las observaciones que le hicieran desde la «crítica académica» o desde esa universidad a la que había renunciado en 2003, aparentemente porque no había allí ya ninguna resistencia ni fantasía que la animara a continuar (cf. 2009). Una universidad a la que pertenecemos y que después de muchos años, lee aquellas decisiones esquivando la rápida descalificación para tratar de entender el sentido de la práctica: «Al escribir en la revista *Viva*, recibí muchas críticas por la índole de esa publicación, pero no nos sumamos a ellas. Esas notas, creemos, insinuaban un proyecto de cambio de tono», apunta Horacio González (2011b:124). También Daniel Link rescatará la famosa columna que une a otros de sus «ejercicios» que, «para salvar su relación con la literatura», ponen «entre paréntesis el esteticismo en el que la crítica literaria se desmaya fatalmente» (555). Por último, un gesto de valoración se atisba en la mención de este rescate de Link por Martina López Casanova desde el siempre más o menos protocolar tono al que obliga una tesis doctoral (y más aún cuando ésta se enmarca en las ciencias sociales con sus exi-

gentes formatos de demostración): Link «afirma que su columna semanal en *Viva* es su “experimento (...) más intenso, el más fascinante, el más difícil”» (4).

Tal vez se podría decir entonces que sólo en parte *Viajes. De la Amazonia a las Malvinas* sorprende. Sorprende porque irrumpe allí algo que no contaba con el grado de explicitación que suelen tener las decisiones bajo la firma-Sarlo. Algo que sin embargo se insinuaba en la «Libreta/Sarlo» (2010/2011; cf. Porrúa)²³ de *Bazar Americano* y en especial en los cuentos que se colaban en sus investigaciones y ensayos: cuentos sobre fantasías de robo (1988), sobre «cabezas rapadas» y cintas celestes y blancas (1998), sobre escenas de formación o sobre historias de militancia de una mujer en la que ya no se reconocía (2003). Algo que ahora tiene otro lugar en su producción y que es alimentado por fantasías inciertas que, si por un lado perturban porque dificultan la previsión del itinerario futuro, por el otro repiten o continúan varios gestos. En principio, el de distancia estampado en *La pasión y la excepción*: con filoso escalpelo Panesi recorta los momentos de *Viajes* en los que Sarlo se aparta de la cronista que había viajado a Bolivia y que había elaborado para *Los Libros* aquella «veloz síntesis» (Sarlo 2014b:396) impregnada de «progresismo candoroso». Su lectura detecta los puntos en los que se exhibe la moral que rige la autocrítica: «“prisioneros de nuestra ignorancia” (“no habíamos leído a Benjamin”, “no habíamos leído *La casa verde*”, “estábamos sometidos a la metafísica de la presencia” —escribe casi con culpa Sarlo)» (Panesi 2015:154). Una moral de la falta.

Una moral que atraviesa todo el libro y que se manifiesta en giros reiterados que marcan la diferencia no sólo de capital cultural sino también de posición ideológica con esta que ahora recuerda y escribe. Con esta que, en definitiva, cuenta estos cuentos: «Vivíamos en una especie de optimismo epistemológico», anota Sarlo (2014b:101). Observación repetida con diferentes matices y con recurrencia obsesiva: «La ideología es inmovible, para las buenas y malas causas. Nuestra ideología era optimista y, como personajes de novela filosófica del siglo XVIII, nos deslizábamos interpretando todo con una especie de bonhomía radical» (103); «Éramos tan jóvenes, tan ideológicos y tan enceguecidos por lo que encontrábamos, que pasamos por alto detalles menores, como si fueran un tributo a rendir a la ascesis latinoamericana» (127). A propósito de Bolivia y del informe y la entrevista que escribe para *Los Libros*, anota: «Mi fascinación por Bolivia tenía un motivo político, porque allí se jugaba el destino de una ilusión» (108). Sarlo nuevamente se representa como una joven ignorante pero curiosa, presa de una euforia desmesurada: «Todo lo que sabíamos de Bolivia estaba en los libros de Augusto Céspedes» (99), afirma con probable exageración. Y agrega más adelante: «[Céspedes] podía vernos como una estudiantina que todavía no se estrelló contra su pared. Aceptó que yo lo entrevistara y que nos sacaran una foto juntos, ambos casi de perfil, aplanados por el flash» (110). La autofiguración como voraz y exigente consumidora de bienes culturales de los más variados órdenes incluye a aquella otra joven ingenua y crédula de la que se distancia: «Yo era otra» (38); «¿Quién era la chica de jeans, borceguíes y remera roja del anorak también rojo, que miró esas imágenes en San Juan de Oros? Imposible reconstruirme» (91).

Esa imposibilidad vuelta cuento es la que explota *Viajes*. Sobre esa imposibilidad seguimos una línea de interrogación (cf. Gerbaudo 2016a) que solicita lo que aporta el cuento retrospectivo respecto de una intervención pasada (en este caso, en *Los Libros*, objeto sobre el que gira este artículo):

No hay relato intocable frente a las epistemologías de la sospecha que dan forma a nuestro modo de leer cualquier texto. De Marx a Freud, de la crítica del sujeto a la crítica de la ideología, todo relato, en un momento, colapsa bajo una culpa que se presupone originaria y que, si se la pasa por alto, provocaría una lectura crédula, cuyo destino fatal no sólo sería la ingenuidad sino el partidismo de quien habla y que se considera autorizado a hablar. (Sarlo 2014b:221)

A partir de un panorama que comprende la crítica argentina de los últimos quince años, Panesi se pregunta sobre el sentido de sus «cuentitos» (2015:147) diferenciando a quienes «no han mezclado los géneros» y han mantenido «relativamente separada la obra crítica de su otro trabajo literario como autores de ficción, poesía o teatro» (147) de quienes los han entreverado. Pero además agrega una hipótesis impecable: «Si la gran cuestión de la crítica ha sido siempre el modo en que se relaciona con la política, y para ser más específicos, con las políticas institucionales de las que depende, las alteraciones que parecen sacudirla provienen del lado de la política» (150).

Es en este sentido que vale preguntar qué confianzas o qué expectativas respecto de lo que la literatura puede llevar a quienes fueron en los setenta activos militantes a componer, junto a sus ensayos, traducciones, notas, etc., una producción literaria. Quisiera insistir sobre este punto: no interrogo simplemente la opción por la literatura sino cuando está precedida por un trabajo de investigación y de docencia: ¿Qué fantasías los animan? ¿Qué resistencias (restricciones) o posibilidades encuentran en ese material que no hallan en otras discursividades? ¿Qué los motiva?

Anoto estas preguntas, hilvanadas a su vez con las respuestas contenidas en otras investigaciones a las que envíé (Milone, Panesi 2015, Daona, Galeano) alrededor de esta decisión que, poco a poco, pareciera configurar un corpus de análisis por-venir (menciono, a modo de ejemplo, la incursión en la poesía por Oscar del Barco, en la narrativa de corte testimonial por Susana Romano Sued, en la novela por Horacio González, sólo para empezar).

En su reciente tesis doctoral Victoria Daona, formada en el grado en letras y posgraduada en ciencias sociales, recuerda sus inicios en los equipos de Elizabeth Jelin. Daona trae una escena tomada de los seminarios de investigación que Jelin armaba. Cuenta que en esos espacios había una «instancia inicial» denominada «llegando al tema» en la que cada participante compartía con el resto «las motivaciones que lo/a habían llevado a investigar sobre la violencia política» (49). Para Daona el ejercicio de «explicitar estas motivaciones» le permitió vislumbrar tanto «los alcances y límites de un campo de estudio —el de la memoria—» como los lazos insoslayables que algunas investigaciones tenían con «las biografías de los/as docentes y becario/as que estaban llevando a cabo la tarea» (49).

Me pregunto si esta última no es una marca extendible a buena parte de los campos de las ciencias sociales y humanas (o tal vez, más precisamente, a la zona ocupada por las producciones de quienes ponen en juego algo más que un mero saber técnico o disciplinar en sus prácticas). Dice González sobre su exhumación de *Los Libros* en versión facsimilar:

Una pieza extraviada vuelve a colocarse en un lugar vacío y volvemos a preguntarnos si la crítica literaria nunca encuentra su norte porque, precisamente, es también un fruto de la fugacidad que le dio origen, y tan vulnerable como el objeto que decidió interpretar. Se convierte así en otro objeto del mundo, sometido a la misma tarea, sorprendente, de contar casi con más intimidad que una verdadera intimidad. La vida de las personas para así a ser un modelo de reflexión sobre la vida de los países y las condiciones de una época. (2011a:7)

Me pregunto, en definitiva, si el cuento que es posible contar en los márgenes de una tesis, en sus exergos, en la introducción a un libro, en sus zonas, digamos, menos «científicas» (o menos sometidas a los protocolos de argumentación y demostración) son suficientes para quién firma y en qué circunstancias y para qué. Tal vez para hacer lugar al relato de algunas fantasías o de ciertos sueños de resistencia, sea necesario apelar a un género menos constreñido. Tal vez a la literatura (esa «extraña institución» a la que desmesuradamente Derrida —1989— le confería el poder im–posible de «decirlo todo»), o a alguno que roce sus bordes o participe de sus juegos, entre la confesión (Zambrano), el diario (Giordano 2006, 2011a)²⁴ y el testimonio (Derrida 1998, Nofal 2002) que, con seguridad ahora, encontrará lectores (ahora, cuando los rubrica una firma, académica y mediática-mente [re]conocida como tal).

Notas

¹ Agradezco a Judith Podlubne, Marcelo Topuzian, Verónica Luna, Leonel Cherri, Emiliano Rodríguez Montiel y Bruno Grossi los comentarios, sugerencias y preguntas planteados en el *II Workshop* del PIP-CONICET *La resistencia a la teoría en la crítica literaria en Argentina* realizado el 14 y 15 de diciembre de 2015 en la Universidad Nacional del Litoral; a Miguel Dalmaroni y a Judith Podlubne, la creación de equipos que constituyen verdaderas usinas potenciadoras de la producción que, se sabe, nunca es sólo individual; a Rossana Nofal, la discusión inteligente que me permitió atravesar más de un umbral; a Horacio González, las exhumaciones emprendidas desde su gestión como director de la Biblioteca Nacional. Este artículo no habría sido posible sin el

compromiso con la conversación en la esfera pública de cada una de las personas mencionadas (y muy especialmente, sin la cuidadosa y lúcida lectura realizada por la coordinadora del dossier en el que se inserta).

² Para el sentido de los términos «cuentos», «fantasías» (de nano-intervención) y «resistencias», envió a un trabajo especialmente dedicado a su conceptualización (cf. Gerbaudo 2016a).

³ Peller encuentra en este gesto científicista un mero ademán dada la imposibilidad de institucionalizar un trabajo del tenor que Rosa pretendía en aquellas circunstancias políticas.

⁴ Para una caracterización precisa de los diferentes momentos de *Los Libros* y su correlato tanto con sus

cambios de «director» o «comité» o «consejo de dirección» como con los subtítulos que, en las inestables coyunturas políticas, redefinen su rol y sus objetivos, ver Panesi 1985, De Diego, Somoza y Vinelli, Peller.

⁵ Peller detecta entre los «rasgos distintivos» de la revista la «preocupación por renovar los objetos de la crítica, y por leer *lo político* —por develar la ideología— en los libros» (117).

⁶ Se siguen los conceptos bourdesianos de «campo literario» (1992) y «campo político» (2000) a la luz de las revisiones propuestas por Sapiro: sin desconocer las marcas nacionales en la configuración de los campos, precisa no sólo cómo estos componen una trama que excede esta delimitación sino también cómo las relaciones entre los campos económico, político, literario (integrado al de producción cultural) y científico (comprende a las ciencias sociales y humanas) se modifican de acuerdo a las características de los Estados. Por ejemplo, en líneas generales entiende que en una economía de mercado, el campo político está subordinado al económico mientras que la relación se invierte en un régimen autoritario (72-73). No obstante sólo la descripción de la dinámica de los campos en Argentina entre 1945 y 2015 (cf. Gerbaudo 2014) muestra que estos esquemas se imbrican y que requieren particulares estudios de caso al momento de determinar el grado de su autonomía, su estructura y su colocación tanto en el espacio nacional como en el internacional.

⁷ Describo, como diría Jorge Panesi, «una corriente en la que nadamos» (2003:13). Doy cuenta de movimientos que registro en un colectivo que integro, aunque sin desconocer, hasta donde se puede, el grado de responsabilidad y de alcance de las propias acciones: no intervengo desde una universidad situada en un polo dominante del campo ni los efectos (cf. Bourdieu 1985) de mis prácticas son los mismos que generan firmas como la de Sarlo, por seguir con el mismo caso. Por otro lado, cada vez que entrecomillo el término «académico» es para señalar una posición hegemónica (con el sentido no totalizador que Williams ha sabido conferirle) de la que me distancio y sobre la que ensayo acciones que intentan contribuir a desmontarla (cf. Gerbaudo 2016b).

⁸ Trabajé sobre la desmesura de los proyectos teóricos de Kristeva, sus giros, continuidades y sus fantasías de

intervención (inescindibles de sus credos políticos, místicos y estéticos) en 2015a.

⁹ Hago referencia aquí a la moral revolucionaria que, más allá del encuadre partidario en la que se inscriba (en el caso de Sarlo, se constata un pasaje del peronismo de izquierda al maoísmo), impregna los discursos de la época en un arco que va de Héctor Schmucler a Ricardo Piglia pasando por Altamirano, Julio Schwartzman y Sarlo (entre otros de los agentes que escriben en *Los Libros*). Una moral transida por las dicotomías que atraviesan aquella configuración del campo cultural, signado por las del campo político, radicalizadas hacia finales de la década del sesenta: «oligarquía-burguesía/proletariado», «victoria/derrota», «patria o muerte», «liberación o dependencia» (cf. Panesi 1985, Terán, Vezetti, Nofal 2002, Giunta, Longoni y Mestman, González 2012, Daona).

¹⁰ Sigo la distinción derrideana entre un futuro más o menos calculable y el insospechado por-venir, abierto a la lógica impredecible del acontecimiento (cf. 1993; Derrida y Cixous 2004).

¹¹ A los efectos de visualizar el calibre de las acciones de resistencia cultural y política de *Los Libros* y los riesgos a los que se exponían sus integrantes, no sólo al publicar los textos que firmaban sino los que publicitaban (incluyendo el listado de bibliografía internacional de ingreso prohibido en Argentina), las actividades que promovían, etc., consultar el documento firmado por la Junta de Comandantes en Jefe (en Schmucler y otros 1972d:28).

¹² A modo de ejemplo, vale la pena reparar cómo se promociona por la editorial Siglo XXI la entonces reciente traducción de *De la grammatología* de Jacques Derrida que reseña Ricardo Pochtar (1971) y que Schmucler (1972) retoma profusamente en una crítica que discute, entre otros, un ensayo de Noé Jitrik. En la contratapa del número 21 de agosto de 1971 y en el número siguiente de setiembre, Siglo XXI publicita el libro poniendo en primer lugar a los traductores; en la contratapa del número 23 el énfasis apunta al contenido nodal del texto. Una posición congruente con el modo en que la revista promueve la suscripción: hasta en estos aparentes espacios marginales se cuida el trabajo sobre los contenidos. Así bajo el título «*Los Libros muerde*» (1971:23) se contravenía una enjuagada frasecita popular usada para

alentar la lectura. Contra la impostura de inocencia y frente a la mera opinión distractiva y sin fundamentos sujeta a los aparentes caprichos inestables del deseo, la revista se situaba en el lugar de quienes escriben porque cuentan con los argumentos que permiten construir un saber. Unos «pesados» (por usar otro término de la época —cf. Pauls 2015—).

¹³ Sobre literatura latinoamericana y su enseñanza en la UBA, ver Santucci; sobre la configuración de la didáctica de la literatura como parte del campo literario, ver Ingaramo 2012a, 2012b.

¹⁴ Transcribo algunos pasajes del diagnóstico dada su pavorosa actualidad tanto en términos salariales como didácticos (órdenes inescindibles ya que en muchas ocasiones la baja de la densidad didáctica obedece a la sobresaturación laboral del docente exigida por su sueldo precario): «Los textos de enseñanza de la literatura —hemos analizado especialmente los correspondientes a literatura hispanoamericana y argentina y los de “comentarios de texto”— cumplen una función muy precisa dentro de este sistema. Una sucesión natural de movimientos, corrientes o escuelas conforman la historia de la literatura americana en lengua española, la que resulta así desproblematizada» (8). En el caso de la «historia literaria continental», se arranca con «la crónica del conquistador, único objeto legítimo de la práctica literaria» (10). Metodológicamente «el análisis tiende a describir la intención y la visión del escritor (...). El narrador es asimilado al escritor-creador. (...) La literatura es un mundo de hechos, ideas, emociones»: el gran ausente es el «trabajo sobre el lenguaje» desplazado por la idea de «utilización de recursos» sobre el supuesto de la dicotomía fondo/forma (8-14). Sobre el éxito de estos materiales, ya en 1974, en una nota al pie, los autores apuntan: «Las bajas remuneraciones percibidas por los trabajadores de la educación obligan a acumular horas de cátedra o bien a desempeñarse en otras actividades restando tiempo a la preparación de las clases. Los esquemas que proporcionan los textos intentan cubrir esta necesidad» (10).

¹⁵ Esta contratapa pone en valor la diferencial apuesta a la continuidad de un proyecto intelectual en un país marcado por la fluctuación y por el constante recomen-

zar. Esta misma apuesta animará el trabajo de treinta años de *Punto de vista* que arranca con el trío formado por el Consejo de dirección que cesa su labor en el número 39 de *Los Libros*. *Punto de vista* concluirá, en 2008, bajo la conducción de Sarlo.

¹⁶ La Editorial explica «el sentido» de ese número: se pretende discutir «la operación publicitaria» realizada por «el conjunto de la prensa burguesa» que intenta neutralizar que la consolidación del socialismo en China «comportó un cambio de fuerzas a nivel mundial» (Altamirano y otros 1974:3). Los tonos esperanzados traen el eco de las confianzas y las fantasías de intervención de la época.

¹⁷ Este número presenta una reseña de un trabajo de Umberto Eco y Marisa Bonazzi sobre cuarenta y cinco libros de lectura de la escuela elemental italiana; en el siguiente, una columna sin firma (en la que podría reconocerse la letra de Sarlo, en especial por la repetición de una evaluación sobre «las más recientes (idealistas) teorías de la escritura» —1975:5— que aparecía, prácticamente en los mismos términos, en su reseña de *Yo el Supremo* —1974b:24—) depara en las introducciones que Jitrik y Ludmer escriben a textos de García Márquez y Onetti enmarcados en una colección para la escuela media que enarbola la consigna «La imaginación al colegio»: quien enuncia destaca la inutilidad de estas introducciones en las que sólo encuentra «la espuma de la vanguardia francesa que ha teorizado sobre la escritura» (1975:5). Como contrapartida, señala otros objetivos para otras introducciones por venir, con el eco de la dicotomía que atravesaba la época: liberación/dependencia.

¹⁸ Judith Podlubne define con precisión los aspectos sobre los que vale la pena volver, a pesar de todo lo ya escrito, sobre *Los Libros*: «La llegada de la teoría literaria a nuestro país estuvo marcada, según lo estableció Jorge Pansesí, por un contexto político e intelectual atravesado por el tironeo entre ambos tonos: la *confianza utópica* en las posibilidades de los modelos teóricos convivió con las *reflexiones justificatorias* que quienes pretendían incorporar los conceptos desplegaron con ánimo reactivo ante los cargos de “cientificistas”, “dependientes” y “extranjerezantes” que les imputó la “marejada ideológica del antimperialismo”. Esta tensión, ampliamente caracterizada en el marco

general de la revista *Los Libros*, produjo efectos específicos en las escrituras de los críticos locales, cuyos alcances particulares están todavía por establecerse» (2015:5).

¹⁹ En su cuento retrospectivo, Piglia rememora de este modo aquella fiebre militante: «¿Qué quiere decir ser maoísta? Quiere decir no estar con el PC. Eso quería decir para nosotros ser maoísta, hacer una crítica a la Unión Soviética. Era la única crítica a la Unión Soviética hecha desde otro país socialista» (en Somoza y Vinelli:15). Los énfasis de Altamirano al evocar la militancia son otros: «“Política” en esos años no se vincula con lo que se vincula ahora, la ciudadanía, la democracia (...) sino con la lucha armada y ese tipo de cosas. Entonces hay una radicalización creciente por parte de todos» (16). El final abrupto de *Los Libros* es inescindible de la violencia estatal que tendrá su escalada brutal a partir del 24 de marzo de 1976 pero cuyas acciones comienzan mucho antes del golpe (cf. Franco): «El golpe militar de marzo de 1976 señala el fin de la publicación: el allanamiento y la clausura de la redacción impiden que el número 45 salga a la calle» (Somoza y Vinelli:10).

²⁰ Poco tiempo después insiste sobre esta necesidad de ampliar el horizonte de recepción de los textos que se escriben desde la universidad: en el célebre Coloquio de Minnesota realizado en 1986 presenta una lectura sobre un corpus de novelas que figura la historia reciente y expresa su «esperanza de que la crítica literaria reencuentre un lugar que desborde los límites de las instituciones académicas, para ponerse en relación con instancias de significatividad social más extensa» (30).

²¹ Llamo la atención sobre este punto a partir de dos publicaciones recientes que lo reinstalan en el campo latinoamericano: por un lado, Marcelo Topuzian cierra *Creencia y acontecimiento. El sujeto después de la teoría* con una frase que, si bien habla del proyecto de la teoría en pasado, revela su apuesta a las operaciones de pensamiento que, a pesar de su decretada muerte, promueve (224). Paralelamente en nota al pie incorpora a la literatura entre los discursos con potencia para «intervenir» (palabra que repite en todo su escrito) en la «discusión» que recorre su ensayo que, a propósito de los debates actuales alrededor del sujeto, repasa los sitios de una «política de la teoría» (desde sus protocolos hasta los modos de cons-

truir los debates y la defensa de la propia posición). Por otro lado, Raúl Antelo reformula el concepto de lectura y sus métodos de asedio desde una «archifilología» que sugiere «volver a empezar *da capo*» (36). Una reinención que ensaya desde una cuidada articulación de nociones de Georges Bataille, Walter Benjamin, Michel Foucault, Giorgio Agamben, Jean-Luc Nancy y Jacques Derrida anticipadas en cierto modo desde el título: *Archifilologías latinoamericanas. Lecturas tras el agotamiento* arranca con un breve repaso por los textos que desde la filosofía muestran el fracaso de la pretensión positivista y, con él, de la necesaria modificación de los sueños alrededor de la teoría y sus posibilidades pero también, de la literatura y su potencia. Incluyo un pasaje de singular valor propositivo en el que se reconocerá el eco foucaultiano (su desmontaje de las estabilizaciones taxonómicas de las «tablas» inescindible de su atención a la desconcertante «proximidad de los extremos» metaforizada por Lautréamont en el «encuentro fortuito sobre una mesa de disección de una máquina de coser y de un paraguas» —315—) junto al derrideano (la atención a un acontecimiento literario por-venir con sus derivas para la lectura y para la teoría, reinventada «tras el agotamiento» de los ideales científicistas): «En la mesa, como nada se fija en ella de manera definitiva, todo, en rigor, está para ser rehecho, redescubierto, reinventado, de ahí que, abierta a contaminaciones, desplazamientos, accidentes, reinterpretaciones y recontextualizaciones incesantes, la literatura pase a ser el evento de su propia singularización por venir, lo que sólo ocurre en la contingencia de la lectura. La teoría, dice Benjamin en el *Libro de los pasajes* (NI, 10), coincidirá con el montaje, esto es, con la mesa» (37).

²² Si se repasan los países en los que *Los Libros* tiene corresponsales (Chile, México, Venezuela, Paraguay, Uruguay, Francia), representantes de venta (Bolivia, Chile, México, Paraguay, Perú, Uruguay, Venezuela), aquellos adonde llegan los envíos por suscripción (Argentina, América y Europa) así como las editoriales patrocinantes (Galerna, Fondo de Cultura Económica, Losada, Monte Ávila, Siglo XXI, Editorial Universitaria de Chile, Ediciones de la Universidad Central de Venezuela, de la Universidad Autónoma de México) se verá que, a pesar de las cambiantes situaciones que en relación

con estos puntos sufre en sus cuarenta y cuatro números, es esta circulación la dominante, más allá de lo que los cuentos posteriores agregan. Guillermo Schavelzon, editor responsable por Galerna durante los inicios de la revista, trae este relato, probablemente circunscripto a lo que sucedía hasta el número 21, cuando se contaba con el financiamiento económico de la citada editorial: «Tratamos de tener librerías que la vendieran en el interior, la enviamos a distribuidores de otros países (...). En todo momento sentíamos que eran 5000 ejemplares que se leían profusamente. Intentamos latinoamericanizarla, pero pese a todos los esfuerzos, la revista se vendía en un 95 por ciento en Argentina» (en Somoza y Vinelli:11).

²³ Gracias a una consulta con Ana Porrúa pudimos establecer la fecha de publicación de estos textos.

²⁴ Interesante «caso» para el análisis potenciado por la promesa de un libro, *El tiempo de la convalecencia. Fragmentos de un diario en Facebook*, que aparentemente se enmarcaría en el tipo de objeto sobre el que Giordano ha investigado durante los últimos años (cf. 2006, 2011a): el concepto de «diario de escritor» abarcaría a aquel que escribe un investigador que, más allá de su toma de posición y de sus autofiguras (en la nota preliminar al libro homenaje a Juan Ritvo que coordina, rememora las clases de este «maestro» en los grupos de estudio de 1982 y su importancia en la definición de lo que algunos de sus participantes «elegimos ser»: «críticos literarios de ascendencia filosófica con vocación de ensayistas» —2011b:5—), interviene desde la crítica que logra retener el adjetivo «literaria».

Bibliografía

- AA. VV. (1970). «Nota». *Nueva crítica* 1, 1-2.
- ALTAMIRANO, CARLOS (1972). «El Gran Acuerdo Nacional». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 27, 10-12.
- (1973). «Acuerdo y elecciones: el discurso del GAN». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 29, 12-14.
- (2001). *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel.
- ALTAMIRANO, CARLOS Y BEATRIZ SARLO (1973). «Acerca de política y cultura en la Argentina». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 33, 18-24.
- (1975a). Carta. *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 40, 3.
- (1975b). «Editorial». *Los Libros. Una política en la cultura* 42, 2-3.
- ALTAMIRANO, CARLOS Y OTROS (1973). «Editorial». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 29, 3.
- (1974) «Editorial». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 35, 3.
- ANTELO, RAÚL (2015). *Archifilologías latinoamericanas. Lecturas tras el agotamiento*. Villa María: Eduvim.
- BACHELARD, GASTON (1948). *La formación del espíritu científico*. México: Siglo XXI, 1980. Traducción de José Babini.
- BARTHES, ROLAND (1966). *Crítica y verdad*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1976. Traducción de José Bianco.
- (1972). *El grado cero de la escritura*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1992. Traducción de Nicolás Rosa.
- BECEYRO, RAÚL (1992). «Sobre Saer y el cine». *Punto de vista* 43, 26-30.
- BOURDIEU, PIERRE (1985). «Effet de champ et effet de corps». *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 59, 2-73.
- (1992). *Les règles de l'art : genèse et structure du champ littéraire*. París: Du Seuil.

- (2000). *Propos sur le champ politique*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon.
- (2001). *Science de la science et réflexivité. Cours du Collège de France 2000–2001*. París: Raisons d'agir.
- CAMILLONI, ALICIA (1997). *Los obstáculos epistemológicos en la enseñanza*. Barcelona: Gedisa.
- CROCE, MARCELA (2006). «Contorno y alrededores: sucesiones, herencia y desvíos en 50 años de crítica argentina». *La biblioteca* 4/5, 390–401.
- DALMARONI, MIGUEL (2004). *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina 1960–2002*. Santiago de Chile: Melusina.
- DAONA, VICTORIA (2015). *Las voces de la memoria en la novela argentina contemporánea: militantes, testigos e hijos/las de desaparecidos/las (2000–2014)*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Los Polvorines/Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento/Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- DE DIEGO, JOSÉ LUIS (2001). *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970–1986)*. La Plata: Al Margen.
- DELGADO, JOSEFINA Y OTROS (1974). «La enseñanza de la literatura en los textos de la escuela secundaria». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 38, 8–15.
- DE MAN, PAUL (1986). *The Resistance to Theory*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997.
- DERRIDA, JACQUES (1972). *La dissémination*. París: Du Seuil.
- (1980). «La loi du genre». *Parages* (Nouvelle édition revue et augmentée). París: Galilée, 2003, 233–266.
- (1983). «Les pupilles de l'Université. Le principe de raison et l'idée de l'Université». *Du droit à la philosophie*. París: Galilée, 1990, 461–498.
- (1989). «“This Strange Institution called Literature”: An Interview with Jacques Derrida», en Derek Attridge, compilador. *Acts of Literature*. New York: Routledge, 1992, 33–75.
- (1991). «Resistencias». *Resistencias del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1998, 10–60. Traducción de Jorge Piatigorsky.
- (1993). *Spectres de Marx. L'État de la dette, le travail du deuil et la nouvelle Internationale*. París: Galilée.
- (1998). *Demeure. Maurice Blanchot*. París: Galilée.
- DERRIDA, JACQUES Y HÉLENE CIXOUS (2004). *Lengua por venir. Seminario de Barcelona*. Barcelona: Icaria. Traducción de Marta Segarra, Lluna Llecha Llop, Eva Larrás y Cristina De Peretti.
- ESPOSITO, FABIO (2015). «La crítica moderna en la Argentina: la revista *Los Libros* (1969–1976). *Orbis Tertius* 2. Consultado el 4 de marzo de 2016 en <http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv20n2Ia01>
- FOGWILL, RODOLFO (1984). «La herencia semántica del Proceso», «La herencia cultural del Proceso». *Los libros de la guerra*. Buenos Aires: Mansalva, 2010, 68–75.
- FRANCO, MARINA (2012). *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y «subversión», 1973–1976*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- GALEANO, GABRIELA (2016). *Lucha armada, militancia y dictadura. Ficciones de mercado en la literatura argentina*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Paraná: Universidad Nacional de Entre Ríos.
- GERBAUDO, ANALÍA (2011a). «Al margen de las garantías disciplinares, Josefina Ludmer». *Katatay. Revista crítica de literatura latinoamericana* 9, 83–93.

- (2011b). *La lengua y la literatura en la escuela secundaria*. Rosario/Santa Fe: Homo Sapiens/Universidad Nacional del Litoral.
- (2013a). «Funciones y sentidos de la Teoría Literaria. Una conversación entre Josefina Ludmer y Walter Mignolo». *Badebec* 5, 155–183 [en línea]. Consultado el 8 de marzo de 2016 en http://www.badebec.org/badebec_5/sitio/
- (2013b). «El Derrida de Josefina Ludmer y otras figuraciones en las clases de los críticos (1984–1986)». *Primer Coloquio de avances de investigaciones del CEDINTEL* [en línea]. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral. Consultado el 4 de marzo de 2016 en http://www.fhuc.unl.edu.ar/media/investigacion/publicaciones/coloquio_cedintel_final.pdf
- (Dir.) (2014). *La institucionalización de las Letras en la universidad argentina (1945–2010). Notas «en borrador» a partir de un primer relevamiento* [en línea]. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral. Consultado el 4 de marzo de 2016 en http://www.fhuc.unl.edu.ar/centros/cedintel/interco_vf.pdf
- (2015a). «De la “revolución” a la “nano-intervención”: tonos, inflexiones y acentos en la escena teórica contemporánea». *Telar* 13/14, 67–81 [en línea]. Consultado el 8 de marzo de 2016 en <http://www.filo.unt.edu.ar/rev/telar/>
- (2015b). «Literary research in Argentina: continuities, discontinuities, institutionalization and internationalization (1945–2010)». *International Conference Social sciences and humanities in the changing North-South relations*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- (2015c). «Algo más sobre un mítico seminario (usina teórica de la universidad argentina de la posdictadura)». *Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada* 452 f. 12, 132–152 [en línea]. Consultado el 8 de marzo de 2016 en <http://www.452f.com/es/analia-gerbaudo.html>
- (2016a). «Derivas conceptuales (un borrador)». *IV Coloquio de avances de investigaciones del CEDINTEL*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral. En prensa.
- (2016b). «Por una antología de reseñas y otras prácticas por venir». *El taco en la brea* 3: 3–11.
- (2016c). *Políticas de exhumación. Las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura (1984–1986)*. Los Polvorines/Santa Fe: Universidad Nacional de General Sarmiento/Universidad Nacional del Litoral.
- GILMAN, CLAUDIA (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GIORDANO, ALBERTO (2006). *Una posibilidad de vida: escrituras íntimas*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- (2011a). *La contraseña de los solitarios. Diarios de escritores*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- (2011b). *Una poética de la interrupción. Ensayos para Juan B. Ritvo*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- GONZÁLEZ, HORACIO (2011a). «Sobre *Los Libros*». Prólogo a la Edición facsimilar. *Los Libros*. Tomo I. Buenos Aires: BN, 7.
- (2011b). *Kirchnerismo: una controversia cultural*. Buenos Aires: Colihue.
- (2012). *Lengua del ultraje, de la generación del 37 a David Viñas*. Buenos Aires: Colihue.
- GUIDO, BEATRIZ (1970). «La literatura en la Argentina (encuesta)». *Los Libros. Un mes de publicaciones en Argentina y el mundo* 7, 10.

- INGARAMO, ÁNGELES (2012a). «La Didáctica de la Literatura en Argentina: de intervenciones fundacionales y mediaciones democráticas». *Álabe* 6 [en línea]. Consultado el 8 de marzo de 2016 en <http://revistaalabe.com/index/alabe/article/view/117/103>
- (2012b). «Responsabilidades compartidas: el papel de los estudios literarios en la reflexión sobre la enseñanza de la literatura». *Badebec* 3 [en línea]. Consultado el 8 de marzo de 2016 en http://www.badebec.org/badebec_3/sitio/pdf/ingaramo.pdf
- JAKOBSON, ROMAN (1919–1972). *Questions de poétique*. París: Du Seuil, 1973.
- JITRIK, NOÉ (1972). «Una nueva etapa en el trabajo crítico: *Cien años de soledad, una interpretación* de Josefina Ludmer». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 28, 14–15.
- KOHAN, MARTÍN (2007). Panel de narradores. *III Argentino de Literatura*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- KRISTEVA, JULIA (1969). *Semiótica*. Madrid: Fundamentos, 1981.
- LAFFORGUE, JORGE (2006). «Infidelidades literarias (en el Litoral argentino)». *VI Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica literaria*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- LAUTRÉAMONT, ISIDORE DUCASSE (1869). *Les Chants de Maldoror*. París: Librairie Générale Française.
- LINK, DANIEL (2015). *Suturas. Imágenes, escritura, vida*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- LONGONI, ANA Y MARIANO MESTMAN (2008). «*Tucumán arde*». *Vanguardia artística y política en el 68 argentino*. Buenos Aires: Eudeba.
- LÓPEZ CASANOVA, MARTINA (2015). *La palabra propia. Sobre la crítica literaria ensayística y el intelectual como sujeto de la enunciación (1970–2008)*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Los Polvorines/Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento/Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- LUDMER, JOSEFINA (1977) *Onetti. Los procesos de construcción del relato*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2009.
- (1985a). Programa. Seminario para alumnos «Algunos problemas de Teoría Literaria», en Annick Louis, editora. *Clases 1985*. Buenos Aires: Paidós, 2015.
- (1985b). Clases. Seminario «Algunos problemas de Teoría Literaria», en Annick Louis, editora. *Clases 1985*. Buenos Aires: Paidós, 2015.
- MATAMORO, BLAS (1972). «Borges y la crítica. Respuesta de Blas Matamoro». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 28: 19–20.
- MILONE, GABRIELA (2012). *Pensamiento filosófico y experiencias religiosas en la poesía argentina contemporánea*. Tesis de Doctorado. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- NOFAL, ROSSANA (2002). *La escritura testimonial en América Latina. Imaginarios revolucionarios del sur (1970–1990)*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- (2009). Panel de cierre. *II Workshop Internacional de Investigadores Jóvenes «La gravitación de la memoria: testimonios literarios, sociales e institucionales de las dictaduras en el Cono Sur»*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 30 de abril de 2009.
- PANESI, JORGE (1985). «La crítica argentina y el discurso de la dependencia». *Críticas*. Buenos Aires: Norma, 2000, 17–48.
- (1996). «La caja de herramientas o qué no hacer con la teoría literaria». *El taco en la brea* 1, 2014, 322–333 [en línea]. Consultado el 7 de febrero de 2015 en http://www.fhuc.unl.edu.ar/centros/cedintel/eltacoenlabrea01_2014.pdf

- (1998). «Las operaciones de la crítica: el largo aliento», en Alberto Giordano y María Celia Vázquez, compiladores. *Las operaciones de la crítica*. Rosario: Beatriz Viterbo, 9–22.
- (2003). «Polémicas ocultas». *Boletín* 11, 7–15.
- (2015). «La seducción de los relatos: diez años de crítica argentina (2004–2014)». *CELEHIS. Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas* 29: 143–148.
- PAULS, ALAN (2015). «Fiesta china». *A 30 años de los Seminarios Ludmer* [en línea]. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Consultado el 4 de marzo de 2016 en <http://mediateca.filo.uba.ar/content/homenaje-30-a%C3%B1os-de-los-seminarios-ludmer>
- PELLER, DIEGO (2011). *Pasiones teóricas en la crítica literaria argentina de los años setenta*. Tesis Doctoral. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- PIGLIA, RICARDO (1975a). «Notas sobre Brecht». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 40, 4–9.
- (1975b). Carta. *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 40, 3.
- POCHTAR, RICARDO (1971). «Gramatología: ciencia de la escritura». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 23, 14–15.
- PODLUBNE, JUDITH (1998). «Beatriz Sarlo/Horacio González: perspectivas de la crítica cultural». *Las operaciones de la crítica*. Rosario: Beatriz Viterbo, 67–78.
- (2015). «El althusserismo de Nicolás Rosa y la resistencia a la teoría». *II Workshop del Proyecto de Investigación Plurianual (PIP/CONICET) «La resistencia a la teoría en la crítica literaria en Argentina»*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- (2016). «Entre *Contorno* y *Los Libros*, los críticos universitarios en *setecientosmonos*». *452° F* 14, 157–174.
- PORRÚA, ANA (2016). Consulta. CIC, PIP–CONICET/INTERCO SSH–EHES/CAI+D–UNL.
- ROMANO, EDUARDO (1972). «*El fuego de la especie* de Noé Jitrik». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 28, 16.
- ROMANO SUED, SUSANA (2007). *Procedimiento. Memoria de La Perla y La Ribera*. Córdoba: El Emporio.
- ROSA, NICOLÁS (1972). «Contracrítica». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 28, 21–24.
- SANTUCCI, SILVANA (2014). «La formación de la literatura latinoamericana en la universidad argentina de la posdictadura (1983–2084)». *Segundo Coloquio de avances de investigaciones del CEDINTEL* [en línea]. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral. Consultado el 4 de marzo de 2016 en http://www.fhuc.unl.edu.ar/media/investigacion/publicaciones/CEDINTEL_coloquio_2014.pdf
- SAPIRO, GISÈLE (2013). «Le champ est-il national? La théorie de la différentiation sociale au prisme de l'histoire globale». *Actes de la recherche en Sciences Sociales* 200, 70–85.
- SARLO, BEATRIZ (1970a). «Revista *Nueva crítica*». *Los Libros. Un mes de publicaciones en América Latina* 10, 27.
- (1970b). «La retórica de Eduardo Mallea». *Los Libros. Un mes de publicaciones en América Latina* 12, 10.
- (1970c). «Beatriz Guido: el simulacro de lo peligroso». *Los Libros. Un mes de publicaciones en América Latina* 14, 6–7.
- (1971a). «Informe sobre Bolivia». *Los Libros. Un mes de publicaciones en América Latina* 19, 16–18.

- (1971b). «Reportaje a Augusto Céspedes». *Los Libros. Un mes de publicaciones en América Latina* 19, 25.
- (1972a). «Novela argentina actual: códigos de lo verosímil». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 25, 18-19.
- (1972b). «Los canales del Gran Acuerdo Nacional. Diez días de televisión». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 27: 3-6.
- (1972c). «La enseñanza de la literatura. Historia de una castración». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 28, 8-10.
- (1973). «Elecciones: cuando la televisión es escenario». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 29, 4-10.
- (1974a). «Cortázar, Sábato, Puig: ¿parodia o reportaje?». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 36, 32-33.
- (1974b). «Yo el Supremo: el discurso del poder». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 37, 24-25.
- (1974c). «Hernández Arregui: historia, cultura y política». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 38, 3-7.
- (1975a). «Cine argentino. De Juan Moreira a La tregua». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 39, 11-14.
- (1975b). «Sobre Nazareno Cruz y el lobo». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 41, 24-25.
- (1975c). «Literatura de las provincias». *Los Libros. Una política en la cultura* 43, 3.
- (1975d). «Cine: folklore y exotismo». *Los Libros. Una política en la cultura* 43, 8.
- (1976a). «Saer-Tizón-Conti. Tres novelas argentinas». *Los Libros. Una política en la cultura* 44, 3-6.
- (1976b). «Cine. Para un balance». *Los Libros. Una política en la cultura* 44, 23-24.
- (1981). *El mundo de Roland Barthes*. Buenos Aires: CEAL.
- (1984). «La crítica: entre la literatura y el público». *Espacios de crítica y producción* 1, 6-11.
- (1985). *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*. Buenos Aires: Norma, 2000.
- (1986). «Política, ideología y figuración literaria». *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*. Buenos Aires: Alianza, 1987, 30-59.
- (1988). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1996). «La duda y el pentimento». *Punto de vista* 56, 31-35.
- (1998). *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires: Ariel.
- (2000). *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- (2001). *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel, 2001.
- (2003). *La pasión y la excepción*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2009). Entrevista. CIC, PIP-CONICET/INTERCO SSH-EHESS/CAI+D-UNL.
- (2010/2011). «Libreta/Sarlo». *Bazar americano* [en línea]. Consultado el 12 de febrero de 2016 en <http://www.bazaramericano.com/>
- (2011a). *La audacia y el cálculo. Kirchner 2003-2010*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2011b, 30 de abril). «El peronismo es tan indispensable como Borges» [en línea].

- La Nación*. Consultado el 12 de febrero de 2016 en <http://www.lanacion.com.ar/1369124-el-peronismo-es-tan-indispensable-como-borges>
- (2013). *Plan de operaciones. Sobre Borges, Barthes y Sontag*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.
- (2014a). «Barthes viajero». *x Argentino de literatura*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- (2014b). *Viajes. De la Amazonia a las Malvinas*. Buenos Aires: Seix Barral.
- (2016). *Zona Saer*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.
- SCHMUCLER, HÉCTOR (1969). «La creación de un espacio». *Los Libros. Un mes de publicaciones en Argentina y el mundo* 1, 3.
- (1970). «Etapa». *Los Libros. Un mes de publicaciones en América Latina* 8, 3.
- (1971). «En este número». *Los Libros. Un mes de publicaciones en América Latina* 21, 3.
- (1972). «La búsqueda de la significación literaria». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 28, 17-18.
- SCHMUCLER, HÉCTOR Y OTROS (1972a). «En este número». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 27, 2.
- (1972b). «El silencio de Trelew». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 28, 2.
- (1972c). «Hacia la crítica». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 28, 3-7.
- (1972d). «Los “Altos Mandos”, mandan». *Los Libros. Para una crítica política de la cultura* 28, 28.
- SCHWARZBÖCK, SILVIA (2016). *Los espantos. Estética y postdictadura*. Buenos Aires: Cuarenta Ríos.
- SOMOZA, PATRICIA Y ELENA VINELLI (2011). «Para una historia de *Los libros*». *Revista Los libros. Edición facsimilar*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 9-19.
- TERÁN, OSCAR (1991). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*. Buenos Aires: Puntosur.
- TOPUZIAN, MARCELO (2015). *Creencia y acontecimiento. El sujeto después de la teoría*. Buenos Aires: Prometeo.
- VEZETTI, HUGO (2009). *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- WALKER, CARLOS (2016). «Variaciones sobre el “telquelismo” de la revista *Los Libros* (Buenos Aires, 1969-1976)». *Boletim de Pesquisa Nelic* 26, 3-24.
- WILLIAMS, RAYMOND (1977). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1980. Traducción de Pablo Di Masso.
- ZAMBRANO, MARÍA (1943 [1965]). *La confesión: género literario*. Madrid: Siruela, 1995.